

MORETO, AGUSTÍN (1618-1669)

TODO ES ENREDOS DE AMOR

ÍNDICE:

Jornada primera
Jornada segunda.
Jornada tercera.

PERSONAS

DON FÉLIX.
TRONERA, criado.
DOÑA ELENA.
JUANA, criada.
ORTIZ, escudero, viejo.
DOÑA PAULA, viuda.
INÉS, criada.
EL DOCTOR CONTRERAS.
DOÑA MANUELA.
DON FERNANDO.
LUCÍA, criada.
REQUENA, mozo de mulas.

La escena es en Salamanca.

JORNADA PRIMERA

Calle.

Escena I

DOÑA ELENA, de estudiante galán; JUANA, de gorrón; ORTIZ.

DOÑA ELENA:

Anda, Juana.

JUANA:

Ya te sigo.

DOÑA ELENA:

Ven, Ortiz.

ORTIZ:

Aunque me aprieta
el achaque de la ijada,
la tos, la gota y la piedra,
como tu pan, soy gallego,
y he de seguirte aunque fueras
al Cairo o las Filipinas.

JUANA:

Por no reventar, es fuerza
(pues callando una criada,
es mucho, si no revienta)
hacerte aquí una pregunta.

DOÑA ELENA:

Ya la espero, como sea
breve y del caso.

JUANA:

Pues diga,
mi señora doña Elena
de Guevara, ¿qué motivo
la ha obligado, con tal priesa,
a que salga de Madrid,
dejando su casa puesta,
y echando voz de que viene
a cumplir una novena,
que en una dolencia grave
ofreció a la imagen bella,
digo, a la aurora divina,
a quien llaman de la Peña
de Francia? Tomó el camino
de Salamanca; y apenas,
de los dos acompañada,
a esta insigne ciudad llega,
cuando aquella misma tarde
(sacando con diligencia,

para usted ese ormesí,
para mí aquesta bayeta,
y entregádoselo a un sastre,
que otro día con gran priesa,
transformándonos el traje
y el sexo, nos dejó hechas
a usté un pulido estudiante
de alcorza, de nieve y perlas,
y a mí un gorrón, parecido
al capón de las comedias),
sin decirnos dónde vamos,
sale de aquesta manera
a pasear de Salamanca
las calles; sin ver que arriesga,
en las barbas y el andar,
que nos conozcan por hembras,
y que quizá el juez de estudio
dé con las dos en la trena,
por embaidoras de leyes
y adúlteras de la escuela.
Y pues para acompañarla
nos eligió, y de experiencia
sabe que somos leales,
vuesa merced se resuelva
a decirnos el motivo
que a tal arrojó la empeñó,
o si no, a Dios, que me mudo;
porque tenerme suspensa
sin decirme...

DOÑA ELENA:

No prosigas,
porque agravias con tu queja
la confianza que debes
a mi fe, pues si la lengua
en la cárcel del silencio
tuvo la causa secreta
que a tal empeño me obliga,
fue, Juana, porque, a saberla
tú en Madrid o en el camino,
quizá piadosa, discreta
y leal, en mi locura
me templaras de manera,
que de proseguir mi intento
me apartaras; con que fuera
preciso perder la vida

y quietud.

JUANA:

Pues date cuenta,
señora, de aqueste enigma
a mi lealtad.

DOÑA ELENA:

Ya te acuerdas
que mi padre, don Fernando
de Guevara, que Dios tenga,
habrá que enviudó seis años,
quedando por heredera
única en su casa yo.

JUANA:

Y que a su noble fineza
y cariño le debiste,
quedando con mucha hacienda
libre, y un gran mayorazgo,
y mozo, que no le diera
a tu hermosura madrastra.

DOÑA ELENA:

Y aunque esa deuda confiesa
mi obligación, también sabes
que su condición austera
y su celoso capricho
me privó con gran violencia
los lícitos pasatiempos
que en una noble doncella
son decentes ejercicios,
como ponerse a una reja,
al prado bajar en coche,
tal vez ver una comedia
y visitara una amiga:
cosas todas tan modestas,
que ni la razón las culpa
ni el recato las condena;
antes el que las impide
sin duda su honor arriesga,
que una mujer oprimida,
aunque más honesta sea,
no digo que sera mala,
pero puede no ser buena.

JUANA:

Yo sé que mi amo guardó
en la clausura secreta
de su casa tu hermosura,
cerrando agujeros, puertas
y ventanas con tal arte,
que si te asomabas, era
a los cuarterones altos,
arrimando una escalera
para subir a lo alto
de la muralla; por señas,
que oyendo un pregón un día,
subí arriba a ver que era,
y al llegar vi que llevaban
azotando a la Cuaresma,
que propiamente imitaba
una encorozada vieja,
tan langoruta y pilonga,
tan arenque, tan acelga,
y tan parecida al diablo
de los pies a la cabeza,
que al mirarla, con el susto,
caí y me quebré una pierna;
con que anduve cuatro meses
coja, entrapajada y renca,
con una pierna a la brida,
y otra pierna a la jineta.

DOÑA ELENA:

Yo, en fin, Juana, como sabes
al tiempo que estaba fuera
de casa mi padre, alguna
vez me asomaba a una reja,
y por una celosía,
muy fruncida y recoleta,
que como rallo de monjas
del sol dispensaba apenas
la luz, acaso una tarde
(aquí mi desdicha empieza)
miré a don Félix de Vargas.
Ya presumo que te acuerdas
de un caballero estudiante
que vive en la misma acera,
a dos casas de la mía.

JUANA:

Ya le he visto, y aunque es buena
la presencia, trae a el uso
su poco de cabellera,
es boquirrubio, presume
de manos, y en vez de piernas,
anda sobre dos verdades,
que adelgazan, mas no quiebran.

DOÑA ELENA:

Vile, en fin, y aunque su gala
en mi noble resistencia
no hizo impresión entonces,
después no sé qué violencia
oculta o qué simpatía
me llevaban a la reja
con curiosidad de verle.
de curiosa pasé a atenta,
la atención llegó a cuidado,
y el cuidado de manera
en el pecho se introdujo,
que le entregué, loca y ciega,
a pocos lances el alma.
¡Qué mal hace la que arriesga
el albedrío a los ojos,
sabiendo por experiencia
que dellos a los deseos
hay distancia tan pequeña!
Murió mi padre en efecto,
y libre de la violencia
de su condición, propuse,
pues en sangre y en hacienda
Don Félix era mi igual,
averiguar con secreta
cautela sus propiedades,
su entendimiento, y si era
el alma de tan buen aire
como el talle; y con aquesta
resolución, le previne
a Ortiz que con diligencia
se informase de su vida,
su condición, y la senda
que, rico y mozo, seguía
en Madrid, golfo que anega
la juventud muchas veces.

ORTIZ:

Y haciendo lo que me ordenas,
a pocos lances hallé
que aunque el tal don Félix era
galán, valiente y discreto,
deslucía aquestas prendas
con tener una faltilla;
y es, que por influjo o lema
aborrece las mujeres,
y con fingida apariencia
las festeja, las obliga,
las sirve y las galantea
hasta que caen en la trampa
y en teniéndolas muy tiernas,
hace de su rendimiento
salsa para la soberbia
de su necia libertad,
y en un santiamén las deja,
muy burladas y muy finas,
a la luna de Valencia.

DOÑA ELENA:

Tuve, en fin, esta noticia,
y lo que servir pudiera
de escarmiento a mi cuidado,
fue mayor cebo. No es nueva
política del capricho
arrojarse sin prudencia
a lo más dificultoso,
pues el que a nada se arriesga
nada consigue. Y sabiendo
que en esta ilustre academia
de Salamanca estudiaba
leyes, por ser a las letras
inclinado, y que vendría
este curso a sus escuelas
y a la casa de las Conchas
(donde sus alhajas deja,
mientras asiste en Madrid,
en poder de la casera,
que es una noble viuda,
que vive en la casa mesma
alquilando algunos cuartos
a estudiantes de nobleza
y porte, que de todo esto
me informó la diligencia
de Ortiz). -determino (¡ay triste!),

loca, enamorada y ciega
y arrestada (pues confieso
ser imposible que pueda
vivir sin ver a don Félix,
aunque arriesgue mi modestia
y aventure mi recato,
que amor todo lo atropella),
seguirle en aqueste traje,
y procurar en su mesma
posada tomar un cuarto;
porque siendo de una tierra
y viviendo en una casa,
no es difícil que yo sepa
empeñarle en mi amistad.
de suerte, que centinela
de sus motivos y acciones,
siendo una espía secreta
y ladrón de casa (a quien
no hay cosa que esté encubierta),
averigüe cautelosa
si es verdad lo que se cuenta
de su libre condición;
y procure mi cautela,
sin declararme con él,
darle parte de mi mesma,
y empeñarle en la noticia
de mi sangre, de mi hacienda,
de mi hermosura; que, en fin,
nunca la infeliz es fea.
y si advierto, si conozco
que aquesta plática acepta
don Félix, sin el doblez
con que a las demás desprecia,
puesto que, acabado el curso,
es fuerza que a Madrid vuelva
adelantandome yo,
y transformada en la mesma
Doña Elena de Guevara,
sin la fingida apariencia
de don Lope de Mendoza
(que aquí de aquesta manera
he de llamarme), podré,
Juana, con mayor decencia,
siendo esposa de don Félix,
coger alegre y contenta
el fruto de la esperanza

que aquí sembró mi cautela.

JUANA:

Digo que en toda mi vida
vi tan extraña quimera
ni tan difícil empeño;
pues cuando todo suceda
como dices, que no es fácil
te pones en contingencia
de que viéndote en Madrid,
reconozca por las señas
que eres el mismo don Lope
de Mendoza, que en su misma
casa vivió en Salamanca;
y al ver una acción tan ciega,
como venirle siguiendo,
señora, desta manera,
se excuse de matrimonio.

DOÑA ELENA:

No creí que eras tan necia.
¿Ha de faltarme un engaño,
siendo mujer, con que pueda
desmentirle esa aprehensión?

JUANA:

Ya sé que, aunque eres honesta
y discreta, eres señora
de tan buen gusto, tan diestra
en fabricar un enredo
y en urdir una quimera,
que comparada contigo
aquella maldita vieja,
la famosa Celestina,
te adelantaste a su ciencia
de modo, que en los embustes
no te llega a media pierna.

DONA ELENA:

Aguarda; que hemos llegado,
si no me engaño, a la puerta
de la casa de las Conchas.

JUANA:

Y en ella hay cédula puesta,
que dice: «Se alquila un cuarto

principal.»

DONA ELENA:

Pues, Juana, entra. -
Y vos, Ortiz, os volved
a la posada, y en ella
estaréis hasta avisaros
mi intención.

ORTIZ:

Lo que me ordenas
haré.
(Vase)

JUANA:

Yo llamo. -¿Ah de casa?

Escena II

DOÑA PAULA, INÉS. -DOÑA ELENA, JUANA.

DOÑA PAULA:

¿Quién llama con tanta priesa?

JUANA:

Un caballero estudiante
de Madrid, que ver desea
el cuarto que aquí se alquila.

DOÑA PAULA:

Antes de enseñarle es fuerza
saber si es quieto y si es
caballero; que no entra
gente ordinaria en mi casa.

JUANA:

Pues cuando a usted le parezca
le despachará informantes;
y en tanto, dénos licencia
para ver si es bueno el cuarto.

DOÑA ELENA:

No dudéis de mi nobleza
y proceder, y que vengo
informado de la vuestra

a vivir en esta casa,
pues sé que en ella se hospeda
gente noble solamente.

DOÑA PAULA:

Vuestro talle me dijera
que lo sois, si vuestra cara
(Ap. ¡No vi tan rara belleza!)
no me informara de que
sois de diferente esfera
que los otros.

JUANA:

(Aparte.)

La viuda
al verla se hace jalea
y se almibara; yo apuesto,
si mi ama en casa queda,
que no le falte este invierno
frazada.

DOÑA ELENA:

Saber quisiera
el precio del cuarto.

DOÑA PAULA:

Eso
no es del caso, haced que venga
vuestra ropa; que la casa
y el dueño serán muy vuestras,
sin hablar en intereses.

DOÑA ELENA:

No por galante y atenta
me habéis de exceder, supuesto
que yo no he de entrar en ella
sin pagar primero el cuarto.

DOÑA PAULA:

Ya os he dicho que en materia
de intereses no me habléis;
que doña Paula de Urrea
(éste es mi nombre) no ignora
el estilo con que deba
tratar a hombres como vos.

JUANA:

(Aparte.)

La mujer sin resistencia
está perdida, clavóse.
Si mi ama no fuera hembra,
ya tenía en Salamanca
casa, moza y mesa puesta;
que estas viudas provinciales,
que pasan de los cuarenta,
contribuyen y regalan,
cosen, visten y remiendan
a un cristiano. Y aunque son
carne de pavo al comerlas,
son discretas, puntuales,
serviciales y caseras,
y enseñan buenas costumbres
a su galán; con que pesca,
el que esta prebenda agarra,
dama de dura y vergüenza,
que para el gusto no es mala,
y para el consuelo es buena.

DOÑA ELENA:

Siempre estaré agradecido
a tal favor.

DOÑA PAULA:

Inés, lleva
luego a aqueste caballero
al cuarto, porque le vea;
que estimaré, como es justo,
que muy bueno le parezca,
porque se nos quede en casa.
(Ap. El mozo es como una perla;
mucho sera no abrasarme,
teniendo el fuego tan cerca.)
Adiós.
(Vase.)

INÉS:

Seguidme los dos.
(Entran por una puerta y salen por otra.)

Habitación en la casa de las Conchas.

Escena III

INÉS, DOÑA ELENA, JUANA.

INÉS:

Aquestas primeras piezas
son sala y recibimiento;
en esta alcoba pequeña
la cama habéis de poner;
y en esta, que es la postrera,
ha de dormir el criado.

DOÑA ELENA:

Sí, como decís, aquesta
pieza es la última del cuarto,
¿Adónde sale esta puerta
que aquí miro condenada?

INÉS:

A una casa más pequeña,
que de aquesta es accesoria,
y desta calle a la vuelta
cae a sus espaldas.

JUANA:

Pues
¿cómo, si sale esta puerta
a otra casa, según dices,
tiene tan flaca defensa
como una débil cerraja?
Por Dios, que pueden por ella
mudarnos sin nuestro gusto
a otro barrio.

INÉS:

Nada temas,
porque aquesta puerta sale
a una escalera secreta,
por donde se manda el cuarto
bajo de la casa mesma
accesoria, que os he dicho.
y aunque hay en las rejas puestas
cédulas para alquilarle,
ha días que no se arrienda;
y a esta puerta se ha de echar
un tabique cuando venga

inquilino que le ocupe.

JUANA:

Y ¿no me dirá, doncella,
salvo el lugar, quien el cuarto
principal vive de aquesta
casa?

INÉS:

Todo lo de arriba
ocupa el doctor Contreras,
catedrático de prima
de leyes, tanto en escuelas
por su ciencia conocido,
como por doña Manuela
de Contreras, hija suya,
que en donaire, en gentileza,
hermosura, gala y brío
la llaman a boca llena
el fénix de Salamanca,
siendo la mayor nobleza
de la ciudad pretendientes
de su mano; porque, fuera
de ser tan bella, es muy noble,
y diz que el viejo la cuenta
seis mil doblones de dote.
mas ella, honrada y honesta,
nada admite, por decir
que tiene afición secreta
sólo a don Félix de Vargas.

DOÑA ELENA:

(Aparte.)

¿Qué es esto que escucho, penas?

INÉS:

Un caballero estudiante
de Madrid, a quien espera
hoy mi señora, que posa
en esta casa, por señas
que es su cuarto este de enfrente.

DOÑA ELENA:

Y decidme (Ap. Yo estoy muerta),
¿ese caballero paga
de esa dama la lineza?

INÉS:

Siendo tan linda, sería
hacer costosa experiencia
de necio si no la amara.
los vientos bebe por ella;
que aquí en casa lo sabemos.

DOÑA ELENA:

(Aparte.)
Déte el cielo malas nuevas;
que así me has muerto.

JUANA:

(Aparte.)
La Inés,
sin basca, arcada ni flema,
vomitó todo el secreto.
por Dios, que mi ama queda
hecha un matachín.

INÉS:

Adiós
Y decidme, ¿qué respuesta
la he de dar mi señora?

DOÑA ELENA:

Decidla que me contenta
el cuarto, y que luego al punto
haré que mi ropa venga.
Id con Dios.

JUANA:

Señora Inés,
usted reconozca y tenga
al licenciado Mendrugo,
pues ya dentro de unas puertas
vivimos, por una alhaja
muy natural y casera
para el muelle de su gusto.

INÉS:

Más propiamente pudiera
servir con esa sotana
de Judas una cuaresma.

JUANA:

Mira que, a falta de tortas.
Niña, si el hambre te aprieta,
no es mal bocado un mendrugo.

INÉS:

Sepa el bribón que estoy hecha
a perdices y capones.

JUANA:

Si esos comes, sera fuerza
que quedes con mayor hambre.

INÉS:

Amigo, en aquesta mesa
los mendrugos no hacen baza.
busque otra, y Dios le provea.

(Vase)

Escena IV

DOÑA ELENA, JUANA.

DOÑA ELENA:

¿Juana?

JUANA:

¿Señora?

DONA ELENA:

¿Qué dices
de mi suerte?

JUANA:

Que esta necia,
sin querer, te ha destruido.
Mas, buen ánimo, y no creas
que el don Félix quiere bien
a la tal doña Manuela,
cuando a todas las engaña.

DOÑA ELENA:

Siendo tan airosa y bella,
tan noble y con tanto dote,
es preciso que yo tema
que, cuando no por cariño,
la quiera por conveniencia,

y que con ella se case.

JUANA:

Eso no se sabe; deja
al tiempo y a la fortuna
el suceso de esta empresa;
que no faltará un enredo,
de los muchos que tú inventas,
con que salgas bien de todo.

Escena V

LUCÍA, con manto, que trae un papel. -DICHAS.

LUCÍA:

Que a darle este papel venga
a un tal don Félix de Vargas,
que hoy ha de venir de fuera
a esta casa, me mandó
mi ama; la puerta abierta
deste cuarto está; yo quiero
informarme.-¿Ce?

JUANA:

¿A quién, reina,
busca usted?

LUCÍA:

A un caballero
que hoy dicen por cosa cierta
ha de venir de Madrid.

DOÑA ELENA:

(Ap. No sé qué el alma recela.)
¿De qué parte le buscáis?

LUCÍA:

De una dama que a la vuelta
vive desta misma calle.
Yo ha poco que estoy con ella,
y al caballero no he visto;
pero, si bien se me acuerda,
ha de llamarse don Félix
de Vargas.

DOÑA ELENA:

(Ap. Ya no es adversa
mi suerte: con una industria
ha de saber mi cautela
el empeño de los dos.)

Vos traéis tan buenas señas,
que no he de negar mi nombre:
no soy, señora doncella,
el don Félix que decís,
y tengo por cosa cierta
que venís de parte de
doña Manuela Contreras
a buscarme.

LUCÍA:

Eso me basta
para, sin que me detenga,
dejaros este papel.
(Dale un papel.)

DOÑA ELENA:

¿No aguardaréis la respuesta?

LUCÍA:

No, no puedo detenerme,
que no quiero que me vean;
que aquí soy muy conocida
en esta casa y su dueña.
Adiós, que voy a buscar
(porque se nos fue a su tierra
una criada anteayer),
en casa de cierta vieja,
que acomoda muchas mozas,
una criada que tenga
cuenta en casa con la plata,
con la ropa de la mesa,
con los cofres, y las llaves
del carbón y la despensa.
(Vase muy apriesa.)

Escena VI

DOÑA ELENA, JUANA.

JUANA:

Oíd, esperad. -Señores,
¿aquesta mujer es hembra
o cohete?

DOÑA ELENA:

Oye el papel,
que dice de esta manera:

(Lee.)

«Aunque la ausencia es crisol de voluntades, la mía no necesita de crisoles para ser muy fina. Vuestra merced se halla en Salamanca; mi casa, como sabe, es a espaldas de la suya, y la mucha amistad de su padre y el mío se la franquean a todas horas; con que, digo que le estoy esperando, para que sepa lo que ha debido a mi memoria, -Quien más le estima.»
¿Qué infieres de esto?

JUANA:

Por Dios,
señora, que esta doncella,
de lástima de su cara,
que, como dicen, es buena,
la perdonó el rey Herodes;
pues, según el papel muestra,
se esta todavía en el
estado de la inocencia;
fuera de qu'ese billete,
al parecer, nos enseña
que ella sola es la inclinada.

DOÑA ELENA:

No, Juana, aunque lo desmientas,
ni está el papel mal escrito,
ni aquesta mujer es necia,
ni he de persuadirme yo
a que palabras tan tiernas
y finezas tan rendidas
las pronuncie una doncella
noble y rica, sin tener
en igual correspondencia
saneado de su honor
el partido; con que es fuerza
creer que don Félix la quiere.
Y pues ya fina y resuelta
vine siguiéndole, vive
mi amor, pues él solo reina
en mi pecho, que he de usar
cuantos ardides, quimeras,

trazas, astucias, engaños,
prevenciones y cautelas
pueda prevenir la industria
para que esposo no sea
desta mujer, que me quita,
aún antes de conocerla,
la vida, el alma, el sosiego.
Parte luego a toda priesa
al mesón, y dile a Ortiz
que sin detenerse venga,
y alquile sin dilación
ese cuarto que a la vuelta
se arrienda de aquesta calle,
que tiene correspondencia
por una escalera angosta,
según dijo Inés, a esta
puerta que ves; que pues vive
arriba el doctor Contreras,
yo le estorbaré a su hija
que don Félix... Pero esta
maraña se ha de ver presto...

DON FÉLIX:

(Dentro.)

Ten este estribo, Requena.

REQUENA:

(Dentro.)

¡Jo, mula de los demonios!
Verán lo que ahora solfea,
como ha olido la cebada.

DON FÉLIX:

(Dentro.)

Sube arriba esas maletas.

DOÑA ELENA:

Oye Juana; que parece
que es don Félix el que llega.

JUANA.

Él es sin duda.

DOÑA ELENA:

Pues vete,
y al instante da la vuelta

con la ropa y con los cofres
de mis vestidos; que es fuerza
traerlos para mi intento.

JUANA:

Yo voy como una saeta
a obedecerte. (Ap. Señores,
yo no alcanzo lo que ordena
mi señora; pero sé
que es grandísima embustera.)
(Vase.)

Escena VIII

DON FÉLIX, vestido de estudiante galán, y TRONERA, de gorrón, ambos como de camino;

REQUENA, que trae dos maletas; INÉS, DOÑA ELENA.

REQUENA:

¿Dónde he de poner ahora
las maletas?

DON FÉLIX:

¡Inés mía!

INÉS:

Señor don Félix, venía
de parte de mi señora
a que seáis muy bien venido,
y que en esté cuarto estéis
(A DOÑA ELENA.)
(Como vos licencia deis),
(A DON FÉLIX.)
Porque no esta prevenido
el vuestro, mientras volando.
señor, le aderezan luego.

DOÑA ELENA:

Corrido a escucharos llego
que pidáis licencia, cuando
este caballero es dueño,
pues el ser quien es le abona,
de mi cuarto y mi persona.

DON FÉLIX:

Yo, agradecido al empeño
de tanta cortesanía,
pues mi rendimiento os muestro,
creed que he de ser muy vuestro;
y puesto que en compañía
hemos de vivir...

DOÑA ELENA:

(Aparte.)
¡Ay, Dios!

DON FÉLIX:

Aqueste curso, quisiera
que nuestra amistad hiciera
un lazo estrecho en los dos;
que aunque el no haberos tratado,
ni haberme vos conocido,
pudiera haberme impedido
la afición que os he mostrado,
al miraros, no os espante,
vos me dais, porque me anime,
la razón de que os estime
con la lengua del semblante;
que hay hombres, si se repara,
que infunden, no sin secreto,
en el talle su respeto,
y su nobleza en la cara.
Tú, Tronera, dale luego
al mozo un doblón.

TRONERA:

Sí haré.
(Ap. La mitad te sisaré.)
Tomad para vino. (Ap. Fuego
en la maldita ralea
de los mozos del camino.)

REQUENA:

Adiós, Tronera.
(Vase, dejando las maletas.)

Escena VIII

DON FÉLIX, DOÑA ELENA, TRONERA, INÉS.

DOÑA ELENA

Imagino

que quien serviros desea,
no de tan grandes favores
necesita, en conclusión,
para que su obligación
le empeñe a extremos mayores.

A la escuela me ha traído
la inclinación en rigor
de cursar leyes (Ap. de amor);
y ya, que solo he venido
siguiéndoos puedo decir;
pues sólo me obligó el veros
a estimaros y a quereros,
tanto, que os ha de servir
mi fineza con tal arte,
con tal celo mi amistad,
que no os deje voluntad
que empeñéis en otra parte;
pues no habéis de tener, no
(esto a cumpliros me obligo),
señor don Félix, amigo
que os estime como yo.

DON FÉLIX:

Yo soy muy vuestro. Y decid,
pues con la misma igualdad
ha de ser nuestra amistad,
¿de dónde sois?

DORA ELENA:

De Madrid

DON FÉLIX:

¿El nombre?

DOÑA ELENA:

Don Lope ha sido
de Mendoza.

DON FÉLIX:

¿Quién pudiera,
sino Madrid, en su esfera
haber un hijo tenido
tan discreto, tan galán

y airoso? Mas yo imagino
que sus hijos de vecino
(el aire y clima lo harán)
son en el mundo tenidos
con razón, entre las gentes,
por garbosos, por valientes,
liberales y entendidos.
Ni de sus hijas pudiera,
sin lisonja ni capricho,
decir más de lo que he dicho.

TRONERA:
Y usté al bachiller Tronera
reconozca poco a poco
por su amigo singular,
en el segundo lugar
de mi amo.

DON FÉLIX:
Quita, loco.

INÉS:
Ved que mi ama os espera.

DON FÉLIX:
Adiós, don Lope.

DOÑA ELENA:
Aquí estoy
Esperándoos.

DON FÉLIX:
Mientras voy
a visitar la casera.
(Vase con Tronera e Inés.)

Escena XX

DOÑA ELENA; luego, JUANA.

DOÑA ELENA:
Ea, amor; ea, cuidado;
válgame en el mal que siento
la industria y el fingimiento.
(sale JUANA.)

JUANA:
Ya queda el cuarto alquilado,
y en esa sala primera
los baúles y la ropa.
Todo se ha lecho viento en popa.

DOÑA ELENA:
Ven.

JUANA:
Preguntarte quisiera...

DOÑA ELENA:
Necia tu pregunta es;
sígueme...

JUANA:
Vamos, Señora.

DOÑA ELENA:
Que no he de decirte ahora
lo que has de saber después.
(Vanse.)

Sala en casa del DOCTOR CONTRERAS.

Escena X

DOÑA MANUELA, muy bizarra; LUCÍA; luego, EL DOCTOR CONTRERAS.

DOÑA MANUELA:
En fin, ¿le diste el papel?

LUCÍA:
Sí, Señora; y te prometo
que el mozo es como unas flores,
galán, airoso y discreto,
cortesano, y tan hermoso,
que puede su cara...

DOÑA MANUELA:
Quedo,
y no me le alabes tanto,
Lucía, que me das celos.

LUCÍA:

Esta es pasión de criada
leal; y ahora, volviendo
a tu buen gusto, aseguro
que has elegido el sujeto
más digno de tu hermosura.

DOÑA MANUELA:

Así lo estoy conociendo;
y por eso mi recato
le hace favores honestos,
a que él corresponde fino,
hasta que permita el cielo
que mi amor... Pero mi padre.

DOCTOR:

(Sale.)

¡Manuela!

DOÑA MANUELA:

¿Señor?...

DOCTOR:

Yo tengo
que hablarte. -Salte allá fuera,
Lucía.

LUCÍA:

Ya te obedezco.

(Vase.)

Escena XI

EL DOCTOR CONTRERAS, DOÑA MANUELA.

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

¿Qué prevenciones son estas?
Confusa estoy.

DOCTOR:

Bien entiendo,
hija, que de mi atención
y cuidado tus aciertos

puedes fiar; porque, fuera
de ser tu padre, te quiero
con tal fineza y cariño,
que en el amor te prefiero
(bien lo encarezco), a Fernando,
tu hermano; que acá en el pecho
sois dos mitades del alma,
siendo dos puntales bellos
y dos hermosas columnas
que sin duda arrimó el cielo
a este caduco edificio,
para que el curso violento
de los años y la edad
no le agobie con el peso.
Y así, antes que de mi vida
rompiese los privilegios
la muerte, que está tan cerca...

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

¿Adónde irá a parar esto?

DOCTOR:

Quisiera yo darte estado
igual, Manuela, a tu ingenio,
nobleza, hermosura, gala
y riquezas, advirtiéndote
que estos nobles atributos
en ti son tan verdaderos.
Como padre y como amante,
ha días que revolviendo
anda en el discurso mío
la madurez y el consejo
quién pudiera dignamente
lograr tan feliz empleo
como ser esposo tuyo;
y con el amor y el celo
de tu conveniencia, ya
tengo buscado sujeto
que te merezca. Y así...

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

¿Qué es esto que escucho, cielos?

DOCTOR:

Supuesto que tu obediencia
no ha de repugnar mi intento,
iré luego a efectuarlo.

DOÑA MANUELA:
Escucha, Señor, primero
(Ap. Muerta estoy, ¡ay infelice!),
y advierte que sobra el tiempo
para darme estado, y que
sólo elijo, sólo quiero
acompañarte y servirte,
a tu regalo asistiendo
y cuidando de tu casa.

DOCTOR:
Mucho, Manuela, agradezco
tu fineza; mas conozco
que tales ofrecimientos
del mucho amor que me tienes
proceden, y yo no quiero
que tu urbanidad ahora
embarace tu remedio.
Quédate adiós.

DOÑA MANUELA:
Oye, espera,
y ya que quieres tan presto
remediarme (Ap. Sin mí estoy),
dime primero el sujeto
que has elegido.

DOCTOR:
Don Félix
de Vargas.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Amor, cobremos
aliento.

DOCTOR:
Bien le conoces,
pues por la amistad que tengo
con su padre, entra en mi casa,
hallando el acogimiento
que tu hermano y mi cariño;

y le hago aqueste cortejo,
si te hablo verdad, a fin
de ajustar tu casamiento
con él.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Albricias, amor.

DOCTOR:
Parece, según advierto,
que has mudado de semblante,
y que no admites, sospecho,
esta plática con gusto.

DOÑA MANUELA:
(Llevándose un lienzo a los ojos.)
Cuando miro y considero
que he de apartarme de ti,
quiere salirse del pecho
el corazón con la pena,
y sin poder detenerlo,
me acomete un mar de llanto
que publica el sentimiento
de dejarte (Ap. Y de que tarde
la boda); porque yo tengo
tan rendido el albedrío
a tu elección, que no puedo
faltar a tu gusto en nada.

DOCTOR:
De tu obediencia lo creo;
que eres honesta y hermosa.
Don Félix es caballero
de gran sangre... Mas ¿quién llama
a aquella puerta?

Escena XII

JUANA, vestida ridículamente de vieja; ELENA, en traje honesto de mujer. -DICHOS.

JUANA:
Laus Deo.

DOCTOR:

¿A quién buscáis?

JUANA:

Por las señas,
aquí ha de vivir, sospecho,
doña Manuela Contreras.

DOCTOR:

La que decís no está lejos,
porque la tenéis presente,
y es mi hija.

JUANA:

Yo me alegro
de haber encontrado a entrambos.

DOCTOR:

¿Qué mandáis?

JUANA:

Yo, Señor, vengo
informada de que en casa,
para cosas de gobierno,
buscaban una criada.

DOÑA MANUELA:

Para la plata y aseo
de la mesa y ropa blanca
se busca.

JUANA:

Pues para eso,
y revolver una casa
de arriba abajo en dos credos,
es la que viene.

DOÑA MANUELA:

Decidme,
¿cuál es de las dos?

ELENA:

Si el cielo
me hace tan feliz, que yo
en vuestro servicio quedo,
soy la que vengo a servirlos.

DOCTOR:
¿De dónde sois?

DOÑA ELENA:
De Toledo.

DOÑA MANUELA:
¡Qué buena cara! Decid,
pues, ¿cómo desde tan lejos
vinisteis a Salamanca?

DOÑA ELENA:
Vine, Señora, sirviendo
al corregidor pasado,
que habrá como mes y medio
que acabó su cargo; y yo,
por tener enfermo el pecho
de los aires desta tierra
(Ap. Mejor dijera de celos),
por orden suya quedé
a curarme aqúeste invierno
de la señora Cristina
en la casa, donde en tiempo
breve cobré la salud,
y viéndome sin remedio,
una casa honrada busco,
adonde pueda sirviendo
pasar con decencia.

DOÑA MANUELA:
Vos
sabréis granjear sus dueños,
porque en la cara y el talle
para vuestro desempeño
traéis muy buenos padrinos.
¿Qué sabéis hacer?

DOÑA ELENA:
No quiero
cansaros; cuanto pidáis:
ropa blanca y aderezos,
puntas, randas, perendengues,
lazos y despeñaderos,
conservas, masas, pastillas
perfumes, aguas, sahumeros,
y otras mil curiosidades,

que con arte y con ingenio
me ha enseñado la experiencia,
porque estuve en un convento
(Hace una reverencia)
tres años con una tía.

DOCTOR:
(Aparte a DOÑA MANUELA.)
Para tu boda, del cielo
nos viene aquesta mujer.
Pero has de saber primero
si tiene buenas fianzas,
porque ya en aquestos tiempos
no hay que fiarse de nadie.

DOÑA MANUELA:
Yo a recibiros me ofrezco,
si traéis quien os conozca.

JUANA:
¡Por cierto, eso fuera bueno!
Yo soy la madre Cristina,
que ha mil días que en el pueblo
acomodo a las doncellas;
y esta muchacha, viviendo
a mi lado, no ha de daros
más fianza que el empeño
de mi palabra. Informáos;
veréis que asegurar puedo
un aduar de gitanos.

DOCTOR:
Como aquí no os conocemos,
no os admiréis.

JUANA:
Yo he servido
en Madrid a un caballero...
(Aparte a DOÑA ELENA)
aquesta es buena ocasión
para lograr el intento
de decir mal de don Félix.

DOÑA ELENA:
(Aparte a JUANA)
A eso solamente vengo
prosigue.

JUANA:
Que se llamaba
don Luis de Vargas.

DOCTOR:
Teneos;
que ese es grande amigo mío.

JUANA:
(Ap. se va clavando el viejo.)
Por señas que tiene un hijo
que vive pared en medio:
en la casa de las Conchas.

DOÑA MANUELA:
Bien aquí le conocemos;
y doña Paula de Urrea,
que es de aquestas casas dueño,
es muy grande amiga mía.

JUANA:
Digo, Señor, en efecto,
que sólo de haberme visto
quedó mi amo tan contento
y satisfecho, que al punto,
sin fianzas ni embelecocos,
me recibió. Y yo, obligada
de su noble tratamiento,
le serví más de seis años;
y le estuviera sirviendo
ciento, si no me obligara
a dejarle al mejor tiempo
la buena pieza del hijo.

DOCTOR:
¿Quién? ¿Don Félix?

JUANA:
Ese mesmo;
que no tiene otro mi amo.
Y a no tener, como tengo,
tan buena lengua, dijera
de sus costumbres... Mas quiero
callar; que esto no es del caso.

DOCTOR:

(Ap. Ya me importa saber esto.)

Decidme, por vida vuestra
(porque a don Félix tenemos
aquí por muy virtuoso,
y, como os he dicho, tengo
grande amistad con su padre),
qué locuras o qué excesos
son los suyos; para que
empeñando mi respeto
y consejo, pues, en fin,
como a mi hijo le quiero,
enfrene sus travesuras.

JUANA:

¡Oh! pues si vais con el celo
de enmendarle y corregirle,
sabed, cuanto a lo primero,
que él juega, jura, enamora,
miente, finge, y es tan diestro
en persuadir las mujeres,
que la más discreta al cebo
de sus palabras se rinde;
y el muy falsico, en cogiendo
el fruto de sus embustes,
la deja burlada, y luego
incontinenti se va
a fabricar otro enredo,
con que cae otra cuitada.
Y ha cundido tanto esto
en Madrid entre sus damas
(siendo un golfo tan inmenso),
que lo conocen por barrios,
y huyen de sus embelecocos
como el diablo de la cruz.

DOCTOR:

Mirad, ese devaneo
no es muy culpable en un mozo
que vive en Madrid, sujeto
sólo a su albedrío.

JUANA:

Cuando
de los pesares me acuerdo
y malos ratos que ha dado

a su padre, no me puedo
contener. ¿Y si os dijera
que aun a mí el grande embustero
me solicitó, con estas
canas, siendo causa esto
de salirme de su casa
fuera? Pero no pretendo
que nadie pierda por mí.

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

Muerta estoy. ¿Si será, cielos
esto verdad?

DOCTOR:

Proseguid

(Ap. Yo buscaba para yerno
gentil sujeto, por Dios);
que todo saberlo quiero,
para enmendarlo mejor.

JUANA:

En fin, para echar el sello
don Félix a sus maldades,
apurando de su viejo
padre la paciencia, tuvo
con una dama secretos
amores, noble y doncella
y habiéndole dado el cielo
de esta amistad dos chiquillos,
iguales como los dellos
de las manos (en hablando
destas cosas me enternezco),
y tamañitos entrambos,
que caben en un harnero,
sin mirar su obligación,
la dejó burlada, ¡fuego
en su falsedad! Y ella
le puso, ofendida, pleito,
que hoy en el Nuncio se sigue;
y su padre, previniendo
el riesgo (porque esta dama
tiene en Madrid nobles deudos),
le envió a Salamanca, donde,
sin olvidar el mancebo
sus mañas, tiene entabladas

dos devociones a un tiempo
en Santa Clara; en la Plaza,
asestado el galanteo
de una viuda; junto a Escuelas,
tratado su casamiento
con una noble doncella;
y en la Rúa cogió al vuelo
una confitera hermosa,
a quien en muy breve tiempo
la ha comido tantos dulces,
que ya ha quedado en los huesos
la tienda, calva y lampiña;
porque, además de sus buenos
procederes, el don Félix
es muy grande galamero.

DOCTOR:

(Aparte a DOÑA MANUELA.)

¡Buenas propiedades, hija!
Aunque este sea embeleco;
si bien aquesta mujer
no sé a qué fin, a qué efecto
pueda urdir tales engaños,
es bien que unido el consejo
con esta noticia, busque
algún camino, algún medio
de averiguar la verdad.

DOÑA MANUELA:

Yo, Señor (Ap. En vano intento
disculparle), nunca he dado
crédito a tales enredos,
porque los criados siempre
hablan así de sus dueños.

DOCTOR:

Eso es cierto. Pero cuando
no está el desengaño lejos,
debe apurarse la duda;
que no he de poner a riesgo
tu hermosura. Adiós te queda;
que hoy es día de correo,
y he de escribir a tan amigo
que apure en Madrid si es cierto
lo que ha dicho esta mujer.
Y si te agradare, luego

recibe aquesta criada.
(Vase.)

Escena XIII

DOÑA ELENA, JUANA, DOÑA MANUELA; luego, DON FÉLIX y TRONERA, con el traje de camino.

JUANA:
(Aparte.)
Por Dios, que se parte el viejo
como perro con vejigas.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Buena he quedado. Yo pienso
que sueño ¡Ah, traidor don Félix!

JUANA:
(Aparte.)
Y la niña tiene el gesto
de haber probado vinagre.

DOÑA MANUELA:
¿Cómo os llamáis?

DOÑA ELENA:
(Ap. Bien se ha hecho.)
¿Yo? Damiana.

DOÑA MANUELA:
(Ap. ¡Ay de mí!)
Pues quítate el manto luego,
porque ya estas recibida.

DOÑA ELENA:
Con tu licencia, primero
es preciso que yo... Escucha.

(Hablan aparte las tres; y aparecen DON FÉLIX y TRONERA, que observan desde la puerta)

DON FÉLIX:
Desde aquí mirar podemos
si está sola. Mas, Tronera,

¿No reparas que en extremo
a don Lope se parece
aquella mujer?

TRONERA:

Yo pienso
que estoy viendo su retrato.

DON FÉLIX.

Y por Dios, que su despejo
y su garbo son imanes
de mi atención.

TRONERA:

¿Qué tenemos?
mas ¿qué te has enamorado?

DON FÉLIX:

Ya sabes que a todas quiero,
por costumbre solamente.

TRONERA:

Ya lo sé. Pero ¿qué haremos
de doña Manuela?

DON FÉLIX:

Ésa
es rica, y aquesta es cierto
que es hermosa, y bien podré
querer a las dos a un tiempo:
a la una por el donaire,
y a la otra por el dinero.

TRONERA:

Digo que me has convencido.

JUANA:

Mucho, Señora, me alegro
de que tan buena criada
quede en el servicio vuestro;
yo volveré por mis gajes.

Adiós.

(Vase.)

Escena XIV

DON FÉLIX, TRONERA, DOÑA MANUELA, DOÑA ELENA.

DON FÉLIX:

(Saliendo con TRONERA.)

No pudo mi afecto,
habiendo llegado ya
a Salamanca, sin veros
estar un punto; y así...
(Ap. Vive Dios, que el juicio pierdo
al ver aquesta mujer.)

DOÑA MANUELA:

¿De qué venís tan suspenso,
señor don Félix?

DON FÉLIX:

Quien mira
del sol los claros reflejos,
no es mucho que entre sus rayos...
pero decidme primero,
¿quién es aquesta señora?

DOÑA MANUELA:

Qué, ¿os parece bien?

DON FÉLIX:

Confieso
que, aunque es grande su donaire,
delante de vos...

DOÑA MANUELA:

Teneos;
que Damiana es mi criada,
y yo sé bien que a mi ruego
será piadosa con vos;
con que añadiréis al pleito
del Nuncio otra opositora,
otro cuidado al empeño
de la viuda de la Plaza,
y otro conque al casamiento
que tratáis con la doncella
de junto a Escuelas.

DON FÉLIX:

No entiendo
lo que decís.

TRONERA:
(Aparte a DON FÉLIX.)
Vive Dios,
que aunque todo es embeleco,
te han conocido.

DON FÉLIX:
Advertid
que burlaros de mi afecto
y mi fineza...

DOÑA MANUELA:
Callad;
que no han de quejarse desto,
don Félix, las dos devotas
que tenéis en el convento
de Santa Clara, y tampoco
ha de formar sentimiento
la confitera que vive
en la Rua.

DON FÉLIX:
Si el intento
vuestro es que yo pierda el juicio
lo conseguiréis muy presto,
porque ya me tenéis loco.
¿Qué casamiento, qué pleito,
qué viuda, qué confitera
o qué engaños son aquestos
para apurar mi paciencia?
¡Vive Dios, que sólo tengo
por norte de mi esperanza
vuestros divinos luceros,
y que mi amor...!

DOÑA MANUELA:
Es engaño.

DON FÉLIX:
Y mi fineza...

DOÑA MANUELA:
Es del tiempo.

DON FÉLIX:
Mirad que soy...

DOÑA MANUELA:
Desleal.

DON FÉLIX:
Que mi pecho...

DOÑA MANUELA:
Ya lo veo.

DON FÉLIX:
Siempre fue vuestro.

DOÑA MANUELA:
Y de todas.

DOÑA ELENA:
(Aparte.)
Rabien los dos, pues yo muero.

DON FÉLIX:
Eso es ya mucho apurarme.

Escena XV

DON FERNANDO, -DICHOS.

DON FERNANDO:
Señor don Félix, yo vengo
de vuestra posada. -Hermana
¿qué haces aquí?

DOÑA MANUELA:
En este puesto
hablando con Damiana
(esta criada a quien tengo
recibida) estaba, cuando
el señor don Félix, pienso
que buscando a nuestro padre,
aquí llegó al mismo tiempo
que tú entrabas.

DON FÉLIX:

Es así;
que en aqueste instante mesmo
he llegado de Madrid,
Fernando, y sin perder tiempo
vengo a ver a vuestro padre.

DON FERNANDO:

La fineza os agradezco.
(Aparte, mirando a DOÑA ELENA.)
Por Dios que la tal criada
no es fea; no he visto, cielos,
tal hermosura y donaire.
Venid, y no dilatemos
a mi padre tan buen día
como ha de tener con veros;
que en el estudio os espera.

DON FÉLIX:

Vamos, Tronera. (Ap. Yo llevo
qué pensar con la criada.)
(Vase con Tronera.)

DOÑA MANUELA:

Tú, Damiana, trae luego
tu cofre.

DOÑA ELENA:

Voy a servirte.

(Vase DOÑA MANUELA, y DON FERNANDO detiene a DOÑA ELENA.)

Escena XVI

DON FERNANDO, DOÑA ELENA.

DON FERNANDO:

Escúchame a mi primero,
Damiana; y sabe de paso
que tu donaire en mi pecho
se ha introducido de suerte,
que si admite mis deseos
tu agrado, serás en casa
no criada, sino dueño.
Adiós.

(Vase.)

Escena XVII

DOÑA ELENA:

¡Sólo me faltaba
no me enamore este necio!
Ea, cuidado, a buscar
nuevos engaños y nuevos
fingimientos con que pueda
desvanecer los deseos
de doña Manuela y Félix.
Y pues ya en mi poder tengo
la llave del cuarto bajo,
que he alquilado, y en él veo
una escalera secreta
que va a mi cuarto, al momento
voy a mudar este traje;
porque Félix, en volviendo
a casa, encuentre a don Lope,
borrándole así el recelo
que tuvo al mirarme aquí.
Fortuna, ayuda mi intento,
favorable, pues no ignoras
que el amor todo es enredos.

JORNADA SEGUNDA

Habitación de DOÑA PAULA.

Escena I

DOÑA PAULA, INÉS; JUANA, de estudiante gorrón.

DOÑA PAULA:

Mendrugo, seas bien llegado.
¿Tú en mi cuarto? No lo creo.

JUANA:

Aunque siempre mi deseo
servirte ha solicitado,

la cortedad me disculpa;
y si Inés no me llamara,
en él, Señora, no entrara.

DOÑA PAULA:
¿Cómo has de negar tu culpa,
cuando de mí has conocido
lo que te estimo en rigor
por don Lope, tu señor,
y porque hablarte he querido
en un negocio importante?
Déjanos solos, Inés.
(Vase INÉS.)

Escena II

DOÑA PAULA, JUANA

DOÑA PAULA:
Aquí te he llamado pues...

JUANA:
Pasa, Señora, adelante;
que ya te escucha mi duda,
pendiente de tu voz.

DOÑA PAULA:
Dí
¿podré fiarme de ti?

JUANA:
(Ap. ¿Qué me querrá esta viuda?)
¡Que eso tu presunción diga!
¿Sabes quién es en Vizcaya
Mendruco Díaz de Arcaya?

DOÑA PAULA:
Pues digo que cierta amiga,
muy noble, rica y discreta,
acaso vio a tu señor.

JUANA:
¿Dónde?

DOÑA PAULA:

En la iglesia Mayor;
y tan rendida y sujeta
quedó a su talle...

JUANA:

Repara,
si es discreta esa mujer,
que por fuerza ha de tener
muy malditísima cara.

DOÑA PAULA:

No, no es fea, y sin engaños,
es, para mayor indicio,
de gran gobierno y gran juicio.

JUANA:

Tendrá muchísimos años.

DOÑA PAULA:

Aficionada, en efeto,
a don Lope, me mandó,
por ser tan su amiga yo,
que supiese de secreto
(puesto que en mi casa posa,
y ella, sin más conveniencia
que su gallarda presencia,
solicita ser su esposa)
si esta plática recibe
don Lope; y como he sabido
que eres tú tan su valido...

JUANA:

Eso es cosa que no vive
sin mí un instante.

DOÑA PAULA:

He querido
fiar de ti que al momento
le des parte de este intento.

JUANA:

Buena elección has tenido;
y da, si de mí se escapa,
la materia por perdida,
pues lo que yo no le pida,
no lo ha de hacer por el Papa.

Pero tu intento, a mi ver,
presumo que no es posible,
porque mi amo es imposible
que se case con mujer.

DOÑA PAULA:
¿Cómo?

JUANA:
De mí te has fiado;
no engañarte solicito.
Sabe que cuando chiquito...

DOÑA PAULA:
¿Qué?

JUANA:
Fue don Lope quebrado.

DOÑA PAULA:
Mi amiga, aunque eso la asombre
le admitirá por esposo;
que amor no es escrupuloso.

JUANA:
Es que no puede ser hombre
si se casa con doncella.

DOÑA PAULA:
Ya no importa aquesa duda,
porque esta dama es viuda.

JUANA:
(Ap. Con esto sé ya que es ella,
y presumo, en conclusión,
que puesta ya en el reclamo,
se ha de casar con mi amo,
aunque diga que es capón.
Ella pescó gentil maula.)
Digo que a tratarlo voy.

DOÑA PAULA:
Y yo esperandote estoy.

JUANA:
(Aparte.)

¡Buena esta la doña Paula!
De aquí he de salir con medras.

DOÑA PAULA:
Si lo ajustas al instante,
te daré un rico diamante.

JUANA:
(Aparte.)
Loca está, pues tira piedras.
De su ignorancia me espanto.

DOÑA PAULA:
(Ap. Bien mi industria se logró;
que una mujer como yo
no ha de declararse tanto.)
Adiós, Mendrugo.
(Vale.)

Escena III

JUANA:
Señores,
¿Habrà quien aquesto crea?
En hora bien, ya sera tiempo,
pues mi ama vendrà de fuera,
de abrir el cuarto. Yo tengo
mareada la cabeza
de tan notables enredos
y tan extrañas quimeras
como han pasado por mí
en diez días.
(Entra por una puerta y sale por otra.)

Habitación de DOÑA ELENA en la casa de las Conchas.

Escena IV

DOÑA ELENA, de estudiante, ORTIZ. -JUANA.

DOÑA ELENA:
¡Juana!

JUANA:

Buena
la tienes con doña Paula.

DOÑA ELENA:
¿Cómo?

JUANA:
Como está tan tierna,
que quiere ser tu mujer,
y con una larga arenga
me ha propuesto el casamiento
encargándome que sea
su tercero.

DOÑA ELENA:
¿Estás en ti?

JUANA:
Digo que da por tan hecha
la boda tal viuda,
que previene a toda priesa
dijes y mantillas para
el primer hijo que tenga.
Y a mí me ofreció en albricias
de que admitas su fineza,
un sortijón como un puño;
y así, podrás...

DOÑA ELENA:
Calla, necia.

JUANA:
Darla con la entretenida,
pues si sabe que eres hembra,
nos ha de echar noramala
de casa.

DOÑA ELENA:
Locuras deja.-
y vos, Ortiz, pues entrasteis
aquí sin que nadie os viera.
Ni en casa sois conocido,
decid si dejáis ya puestas
en el cuarto las alhajas.

ORTIZ:

Los bufetes, la docena
de sillas, y juntamente
aquella alfombra pequeña
que trajiste de Madrid,
todo acomodado queda.
Y asimismo he echado voz
de que espero a doña Elena
de Guevara, mi señora,
que a asistir a una novena
viene a la peña de Francia,
y que vendrá, por mi cuenta,
dentro de dos o tres días.

DOÑA ELENA:

Así mi industria lo ordena
por lo que sabréis después;
y hora por aquesta puerta
os podréis bajar al cuarto.
Y estad con cuidado mientras
otra cosa os avisare.

ORTIZ:

Mi obediencia es mi respuesta.
(Ap. Yo opuesto que los embustes
de mi ama y esta escalera
me han de llevar a la horca.)
(Vase.)

Escena V

DOÑA ELENA, JUANA.

JUANA:

O he de armarme de paciencia,
o he de perder el sentido
con tus cosas.

DOÑA ELENA:

Todas estas
prevenciones se encaminan,
Juana, a que doña Manuela,
persuadida de mi engaño,
a don Félix aborrezca
de modo que de él se olvide.

JUANA:
¿Cómo ha de ser?

DOÑA ELENA:
Ya te acuerdas
de aquella tarde que yo
me acomodé por doncella
en su casa.

JUANA:
Y que lograste
el fin de que yo dijera
tantos males de don Félix,
que por entonces suspensa
quedó la boda; y el viejo
tan escocido en la arenga
de mis engaños y enredos,
que desde entonces no entra
en su casa el tal don Félix.

DOÑA ELENA:
Pues sabe que yo, muy diestra
en proseguir este engaño,
le dije a doña Manuela
que iba por mi cofre.

JUANA:
Eso
ya lo sé.

DOÑA ELENA:
Y dando la vuelta
a su casa el otro día,
para entablar la cautela
de ser a un tiempo don Lope
y Damiana (que este era
el nombre que allí me puse),
la dije que aquella misma
tarde la madre Cristina
de una impensada dolencia
quedaba en la cama; y que
era asistir a la enferma
preciso en mi obligación.
Diome en efecto licencia
para asistirle de noche,
con que de día viniera

a servirla puntual;
logrando esta manera,
Juana, que todas las noches
por don Lope aquí me tengan
hasta las nueve del día,
que en esa del doctor Contreras
me voy a ser Damiana.

JUANA:

Por Dios, Señora, que inventas
cosas que no hay en el mapa.

DOÑA ELENA:

Lo mejor es, que se muestra
tan inclinada mi ama
a mi aparente modestia
y a mi fingido servicio,
que ya privo más con ella
que sus antiguas criadas;
tanto, que me ha dado cuenta
de su empeño con don Félix,
y que estando ya muy cerca
de efectuarse el casamiento,
lo suspendió la cautela
de tu informe; porque el viejo
escribió con diligencia
a Madrid a cierto amigo
que se informara y supiera
de secreto si las malas
propiedades eran ciertas
que dijiste de don Félix.
De que ayer por la estafeta
vino respuesta, en que avisa
que todo ha sido quimera
cuanto dél le han referido;
por ser opinión muy cierta
en Madrid que era don Félix,
demás de su gran nobleza,
un caballero que en nada
faltó jamás a la deuda
de su ilustre nacimiento.
Con que el viejo, satisfecha
la duda en que le pusiste,
vuelve a tratar la materia
del casamiento.

JUANA:
Eso es malo.

DOÑA ELENA:
Y la tal doña Manuela,
con achaque de que viene
a visitar la casera,
hoy ha de ver a don Félix
en su cuarto; que ella mesma
me lo dijo.

JUANA:
Eso es peor.
Pero dime, ¿con qué trata
te has librado de Lucía,
aquella criada, aquella
que, fingiéndote don Félix,
la obligaste a que te diera
el papel de su señora?

DOÑA ELENA:
Esa es la que más me cuesta
de cuidado, porque jura,
impaciente y descompuesta,
que soy el mismo don Félix;
y como doña Manuela
sabe que ni le parezco
ni puedo serlo, hace della
burla y la tiene por loca.

JUANA:
Y en fin, Señora, ¿qué intentas
con tan extraños enredos?

DOÑA ELENA:
Ya es preciso que lo sepas:
escucha.

Escena VI

DON FÉLIX, TRONERA. -DICHAS.

DON FÉLIX:
¡Amigo don Lope!

DOÑA ELENA:

Perdonadme, porque es fuerza
hablar ahora a Mendrugo.

Luego soy con vos.

(Hablan aparte.)

DON FÉLIX:

Tronera,

cada vez que veo a este hombre
imagino que es la misma
criada del otro día.

TRONERA:

Ya, Señor, de esa sospecha
te aseguraste, pues cuando
dimos a casa la vuelta
hallaste en ella a don Lope.

DON FÉLIX:

Ello es de naturaleza
milagro, formar dos caras
tan conformes.

JUANA:

(Aparte a DOÑA ELENA.)

Considera,

Señora, que es grande empeño
querer...

DOÑA ELENA:

¿De qué te recelas,
si yo he de estar a la mira?

JUANA:

Digo que aunque me molieran
a palos, te he de servir.

Voy a hacer lo que me ordenas.

(Vase.)

Escena VII

DON FÉLIX, DOÑA ELENA, TRONERA.

DOÑA ELENA:

Señor don Félix, no creo

que aquesta dicha merezca
mi cuarto.

DON FÉLIX:

Vos asistís
en él tan poco, que apenas
os encuentra mi amistad.

DOÑA ELENA:

Siendo tan grande la nuestra,
fuera conocido agravio
si mi recato encubriera
la causa de no asistiros
a todas horas. (Ap. Aquesta
ficción me ha de importar mucho
para adelante.)

DON FÉLIX:

Y mi queja
fuera, don Lope, mayor.
Si disculpa no tuviera
el recataros de mí.

DOÑA ELENA:

No ha sido misterio o tema
dejar de veros y hablaros
sino haber que llegue apenas
diez días a Salamanca,
y, cuando menos, en ella
haber perdido, don Félix,
la libertad.

DON FÉLIX:

¿Es empresa
de amor, o antojo no más?

DOÑA ELENA:

Es que acaso en San Esteban
vi una mujer tan divina,
tan gentil, airosa y bella
que entre el verla y adorarla
no hubo tiempo que pudiera
distinguir el albedrío;
tanto, que amor, aunque sea
rayo, que distancias mude,
y lince, que almas penetra,

al verme rendir tan presto,
suspendió al arco la cuerda,
porque yo para adorarla
no hube menester sus flechas.

DON FÉLIX:

Luego ¿estáis enamorado?

DOÑA ELENA:

Tanto, que amor me condena
a hacer mil cosas indignas,
y me tiene de manera,
que no soy el que pensáis.
Bien el efecto lo muestra,
don Félix, pues he faltado
a la amistad verdadera
que los dos nos prometimos.
Mas espero muy apriesa
salir muy bien deste empeño,
para volver con más fuerza
a estimaros y quereros,
pues mi fe sólo desea
que seamos muy amigos.

DON FÉLIX:

Yo, aunque mil damas tuviera,
lo fuera vuestro, don Lope;
que como aquesas princesas
no llegan a mi memoria
con intento que lo sepa
la voluntad (porque sólo
me sirven de que las quiera
para quebrantar el ocio
y divertir la tarea
de mis estudios), es cierto
que no os dejara por ellas.

DOÑA ELENA:

Luego ¿A ninguna queréis?

DON FÉLIX:

Esa es muy larga materia
de contar, porque yo a todas
(Dios ponga tiento en mi lengua)
las quiero veinte y cuatro horas.

DOÑA ELENA:

Pues si os dura la fineza
tanto tiempo, ¿habréis logrado,
claro está, dos mil empresas
grandes y dificultosas?

TRONERA:

Mi amo tiene diferencias
en el gusto: no es amigo
de truchas, antes las deja
de comer, porque se aplica
a coles y berenjenas
llenando el jergón muy bien
de gorronas y sirvientas.

DON FÉLIX:

Mas, porque veáis también
que sin excepción no hay regla,
sabed que vengo a pedir
vuestro cuarto porque venga
cierta dama a visitarme;
puesto que, estando más cerca,
de la puerta de la calle,
puede, sin que la casera
la vea, entrar más segura.

DOÑA ELENA:

Mucho me alegro que tenga
parte mi cuarto en que uséis
de prevención tan atenta
con esa dama. Y espero
que este principio lo sea
para que enmendéis prudente
el influjo o la violencia
que os obliga a no estimarlas;
pues el sabio, cosa es cierta
que en fe de su entendimiento
puede enmendar las estrellas.
De mi cuarto y mi persona
os servid enhorabuena.
Pues sabéis que todo es vuestro.

DON FÉLIX:

Yo agradezco la fineza
y el aviso. Y por pagarle,
os previene mi advertencia

que si de esa hermosa dama
que visteis en San Esteban
la empresa habéis de seguir,
la examinéis con cautela
primero el porte y la vida;
porque hay mujeres en esta
ciudad, de corta fortuna,
que al cebo de su belleza
suelen traer muchos peces,
y al ignorante que pesca
el anzuelo de su cara,
le echan la justicia a cuestras,
y la cruz del matrimonio;
y podéis, siendo en escuelas
nuevo, caer en la trampa.

DOÑA ELENA:

Aunque agradecer es fuerza
vuestro celo, aquesta dama
es de diferente esfera
que presumís. Pero yo
admito vuestra advertencia,
y en cualquiera lance o riesgo
que en aqueste empeño tenga
he de valerme de vos.

DON FÉLIX:

Fuera agraviar mi fineza
no hacerlo así, siendo cierto
que espada, vida y hacienda,
sin cumplimiento, don Lope,
a todo trance son vuestras.

DOÑA ELENA:

Esa palabra os admito.
Mas advertid que os empeña
a asistirme y ampararme
en cuanto aquí me suceda
con esta dama.

DON FÉLIX:

Mis brazos
y mi mano serán muestra
de que os la da con el alma
mi fe. Mas por esa reja y
que sale a la calle, he visto

(ella es sin duda) que llega
aquella dama que espero.

DOÑA ELENA:

Adiós, y tened con ella
el suceso que deseo.
(Ap. Y pues ya mi trama queda
bien urdida, voy a hacer
en casa de doña Manuela
el papel de Damiana.)
(Vase.)

Escena VIII

DOÑA MANUELA y LUCIA, con mantos. -DON FÉLIX, TRONERA.

DOÑA MANUELA:

(A LUCÍA desde la puerta.)
Este es el cuarto; tú apriesa
a casa te vuelve, y díle
a mi padre, cuando venga,
que quedo con doña Paula.

LUCÍA:

Voy a hacer lo que me ordenas.
(Vase.)

Escena IX

DOÑA MANUELA, DON FÉLIX, TRONERA.

DOÑA MANUELA:

¿Señor don Félix?

DON FÉLIX:

Señora,
¿cuándo con tanto arrebol,
para primicias del sol,
salió brillante la aurora?
Y ¿cuándo el prado gentil,
para adornar la mañana,
sus hojas de nieve y grana,
verdes pompas de abril,
desplegó en lisonjas tantas,

cómo, sin formar agravios,
se encienden en vuestros labios,
se animan en vuestras plantas?
Y ¿cuándo el cielo...

DOÑA MANUELA:

Teneos;
que amor en ecos veloces
no se infiere de las voces,
que se aplica en los deseos.
Que aunque mi afecto procura,
cerrando a vanos antojos
los oídos y los ojos,
que esté de vos muy segura;
y aunque amor me ha satisfecho
con darme ya el desengaño,
me esta revelando el pecho,
don Félix, que no pagáis
lo que a mi afecto debéis.

DON FÉLIX:

A vos misma os ofendéis
si de mí desconfiáis,
porque fuera desvarío
no conocer mi fineza;
que vale vuestra belleza
más que el rendimiento mío.

TRONERA:

Mi amo es muy verdadero,
y a pagar de mi capote,
que os adora (Ap. por el dote)
y os quiere (Ap. por el dinero).
y dudar, es frenesí,
que es muy vuestro, y lo ha de ser.

DOÑA MANUELA:

Basta; yo quiero creer
lo que me está bien a mí.

DON FÉLIX:

Bien podéis, puesto que alcanza
mi fe tan dichoso empleo.

DOÑA MANUELA:

Digo, Félix, que lo creo.

DON FÉLIX:
Y ¿en qué estado mi esperanza
queda con vos?

DOÑA MANUELA:
Por demás
es tratar eso conmigo:
padre tengo, y vuestro amigo;
no puedo deciros más.

DON FÉLIX:
Ya os he llegado a entender.

DOÑA MANUELA:
Sin faltar a mi decoro
os estimo.

DON FÉLIX:
Yo os adoro.

Escena X

JUANA, de mujer, muy bizarra y tapada de medio ojo. -DICHOS.

(Cúbrese DOÑA MANUELA.)

JUANA:
Sólo esto he querido ver,
Señor don Félix (Ap. Mi Dios,
sacadme del laberinto
en que me metió mi ama),
porque mi recelo vino
sólo a ver vuestras traiciones.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Cielos, ¿qué es esto que miro?

JUANA:
Y pues ya sé que sois falso,
desleal y fementido,
faltando a una obligación
de tantos años (Ap. Bien finjo),
quedad con Dios.

DON FÉLIX:

Esperad;
y sabed si habéis venido
engañada, que este cuarto
es de don Lope (un amigo)
de Mendoza, a quien presumo,
que buscáis. (Ap. Yo estoy perdido.)

JUANA:

Por cierto, señor don Félix,
que es bien extraño capricho
negar que me conocéis,
cuando a mi honor puro y limpio
debéis (¡ah falso!)... Mas esta
no es ocasión de decirlo.
Apartad.

DOÑA MANUELA:

Esta señora,
según lo que ha referido,
tiene razón, porque siendo
su derecho más antiguo,
no ha de perderlo por mí.
(Ap. ¡Qué esto sufra el lustre mío!)
Don Félix, quedad con Dios.

DON FÉLIX:

Heroísmo que pierda el juicio;
y vive Dios, que ninguna
ha de salir deste sitio,
sin que esta dama primero
se descubra, y el motivo
diga de haber fabricado
un enredo tan indigno
contra mi opinión; pues no
la conozco, ni la he visto
ni hablado en toda mi vida.

JUANA:

(Ap. Si agora me falta el brío,
voló todo el embeleco.)
Sois un grosero, atrevido,
descortés y mal mirado.
Dejadme salir, o a gritos
alborotaré la casa.

DON FÉLIX:
Teneos, y descubríos,
que si es burla, es muy pesada.

JUANA:
¡Que esto escuche el honor mío
de un infame!

Escena XI

DOÑA PAULA. -DICHOS.

DOÑA PAULA:
¿Qué es aquesto?

TRONERA:
(Aparte.)
Andar el demonio listo
Por pecados de mi amo.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Yo estoy en grande peligro.

DOÑA PAULA:
Señor don Félix, pues ¿vos
usáis de lo que os estimo
tan mal, que así desatento,
burlando el decoro mío,
entráis mujeres en casa;
sin mirar que los vecinos
pueden, no sin fundamento,
murmurar que yo os permito
una acción tan libre y fea?

DON FÉLIX:
Estas damas han venido
buscando agora a don Lope;
pues en su cuarto mismo
las veis, no es mía esta culpa.

DOÑA PAULA:
¡Qué escucho, cielos divinos!
¿A don Lope?

DON FÉLIX:
Sí, Señora.

DOÑA PAULA:
(Aparte.)
Ya tomará de partido
(¡Sin mí he quedado!) que fuera
de don Félix el delito.
¡Ah tirano! ¡ah vil don Lope!

JUANA:
(Ap. Ya habiendo aquí otro testigo
puedo levantar el bramo.)
Cuanto don Félix ha dicho
es engaño; porque yo
sólo a buscarle he venido,
y le hallé con esa dama.
Pero de su mal estilo
me vengaré para ésta.
(Júrasela a don Félix.)
(Ap. Yo voy a mudar vestido,
pues me queda por mi ama,
que hacer otro pecadillo.)
(Vase jurándose.)

Escena XII

DOÑA PAULA, DOÑA MANUELA, DON FÉLIX, TRONERA.

DOÑA PAULA:
(Ap. Amor, cobremos aliento.)
Ya es imposible sufriros
en mi casa estas licencias;
y así, podéis, advertido,
mударos. Y a esta señora,
para otra vez, es preciso
advertirle mi recato;
que en la casa que yo vivo
no entran mujeres perdidas.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
¡Buena me ponen! Yo elijo
irme sin hablar palabra.

(Al quererse ir, salen por la misma parte el DOCTOR CONTRERAS y DON FERNANDO.)

Escena XIII

EL DOCTOR CONTRERAS, DON FERNANDO. -DICHOS.

DOCTOR:
¿Señor don Félix?

DON FERNANDO:
¿Amigo?

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Mi padre, mi hermano, ¡ay triste!

DON FÉLIX:
(Aparte.)
¡Cielos si acaso han sabido
que esta aquí doña Manuela!

TRONERA:
(Aparte a DON FÉLIX.)
Entre puertas te han cogido.

DOCTOR:
Mi señora doña Paula,
¿Vos aquí?

DOÑA PAULA:
No, no me admiro
que extrañéis verme en el cuarto
de un hombre mozo, y os digo
que tenéis razón; mas sirva
para desempeño mío
saber que el señor don Félix...

TRONERA:
(Aparte.)
Esto es peor, vive Cristo.

DOÑA PAULA:
Sin reparar a mi casa,
muy liviano y atrevido

entra mujeres en ella.
Y yo, escuchando ruido
y voces en este cuarto,
salí a averiguar, del mío,
la ocasión; y hallé esta dama
tapada, y otra que al mismo
punto que entrasteis se fue,
muy celosa, según dijo,
y agraviada de don Félix.
Y así, pues sois tan amigo,
Señor Doctor, de su padre,
que le advirtáis, os suplico,
que se enmiende, o busque casa
donde sufran sus delirios;
pues siendo quien soy, no puedo
tolerar sus desatinos.
(Vase.)

Escena XIV

EL DOCTOR CONTRERAS, DON FERNANDO, DOÑA MANUELA, DON FÉLIX,
TRONERA.

DON FÉLIX:

(Aparte.)

¿Hay mas pesares, fortuna?

DOCTOR:

(Ap. Ya a questo lance es preciso
medirle con la prudencia;
que en un mozo no es delito
usar destas travesuras.)

Señor don Félix, mi hijo
y yo venimos a veros,
y me he alegrado infinito
de llegar a tan buen tiempo,
que pueda el respeto mío
componer de doña Paula
la queja; y aunque os afirmo
que tiene razón, también
estos excesos han sido
disculpables en un mozo.
Yo, en fin, a templar me obligo
su justo enojo; y de vos,
Señor don Félix, confío

que no usaréis en su casa
estas licencias.

DON FÉLIX:

Yo admito
el favor, y os doy palabra
que, más cuerdo y advertido,
no dé otro disgusto en ella.

DOCTOR:

Sois quien sois. Haré al proviso
que se vaya esta señora
antes que vuelva a este sitio
doña Paula, que es terrible.
venid, Señora, conmigo,
que en la calle he de ponerlos,
por excusar el peligro
de que os encontréis con ella.

DON FÉLIX:

No es menester, que yo miro
desde esta puerta su cuarto,
y está cerrado.

DOCTOR:

Pues digo
que su condición conozco,
no repiquéis.

DON FÉLIX:

No replico.
(Ap. Peor será hacer cuidado
del acaso, pues es fijo
que yendo tapada va
segura; y yo he de seguirlos
hasta que en salvo la deje.)

DOCTOR:

Después, don Félix amigo,
a buscaros volveré;
que de espacio solicito
tratar con vos un negocio.
Venid. (A DOÑA MANUELA.)

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

En vano me animo:
muerta estoy.

DON FÉLIX:
(Aparte a DOÑA MANUELA.)
Bien puedes ir
segura; que yo te sigo.

DOÑA MANUELA:
(Aparte.)
Temblando voy.

DOCTOR:
(Aparte a DOÑA MANUELA, al salir.)
Advertid,
y estimadme a queste aviso,
que ha de casarse don Félix
con mi hija; y si a este sitio
volvéis a inquietarle, yo,
menos templado y remiso,
daré cuenta a la justicia,
para que en vuestro castigo
escarmienten las demás.
(Vase con DOÑA MANUELA.)

DON FERNANDO:
Adiós, don Félix.

DON FÉLIX:
Amigo
don Fernando, Adiós. -Tronera,
ven conmigo.
(Vase DON FERNANDO.)

TRONERA:
Ya te sigo.

DON FÉLIX:
Que hasta que a doña Manuela
segura de este peligro
la deje, la he de seguir.
(Vase.)

TRONERA:
Vamos, pues. Señores míos,
solo el diablo y las mujeres,

porque también son diablillos
con basquiñas, inventaran
enredos tan exquisitos.
(Vase.)

Sala en casa del DOCTOR CONTRERAS.

Escena XV

DOÑA ELENA, vestida de criada, que trae dos bujías.

DOÑA ELENA:

Ya tarda doña Manuela,
y estoy con grande cuidado
hasta saber si ha logrado
mi prevenida cautela
Juana; pues miro en rigor
que por mi ocasión ha ido
a un riesgo tan conocido.
¡Buena me tienes, amor!
Pues no bastando la pena
de mis locos accidentes,
a cosas tan indecentes
tu violencia me condena;
que al ejecutarlas hoy,
ciega y loca, presumí
que me he olvidado de mí,
o que no soy la que soy,
suspende, pues, la tirana
fuerza de tu arpón severa;
que siendo tu prisionera,
será baldón.

(Sale DOÑA MANUELA.)

Escena XVI

DOÑA MANUELA, con manto. -DOÑA ELENA.

DOÑA MANUELA:

Damiana,
quítame este manto apriesa.

DOÑA ELENA:

Díme, Señora, ¿qué tienes,
que tan asustada vienes?

DOÑA MANUELA:
Que vengo sin mí confiesa
mi turbación.

DOÑA ELENA:
Es verdad.
declárame tu dolor.

DOÑA MANUELA:
¡Ah falso! ¡Ah alevé! ¡Ah traidor!

DOÑA ELENA:
Bien puedes de mi lealtad
fiarte.

DOÑA MANUELA:
Don Félix fue,
Damiana, en conclusión
el que me ha muerto a traición.

DOÑA ELENA:
Siempre me lo imaginé
de su mal modo y capricho.
Su variedad desatina;
que esto la madre Cristina
diversas veces me ha dicho.

DOÑA MANUELA:
En fin (¡de congoja muero!),
estando en su cuarto yo,
otra mujer le buscó.

DOÑA ELENA:
¡Miren el mal caballero,
el riesgo a que te aventura!

DOÑA MANUELA:
E inferí de sus razones
que le debe obligaciones.

DOÑA ELENA:
Él es pública escritura
de todas.

DOÑA MANUELA:
Es un aleve.

DOÑA ELENA:
Mas con engaños traidores,
en concurso de acreedores,
nunca paga lo que debe.

DOÑA MANUELA:
Y pues sus traiciones vio
mi fe mal correspondida,
ya no he de verle en mi vida.

DOÑA ELENA:
Lo mismo me hiciera yo,
que una mujer de tu porte,
de tu garbo y tu donaire,
no ha de ponerse a un desaire.

Escena XVII

JUANA, de estudiante, con capa y la espada desnuda. -DICHOS.

JUANA:
(A DOÑA MANUELA.)
Puesto que ha sido mi norte
vuestra casa (Ap. Ya don Félix
entrar me vio, y a hacer vengo
lo que me ordena mi ama),
sabed que en la calle dejo,
por cierto lance de amor,
mal herido un caballero,
a tiempo que la justicia
llegaba, Señora, al puesto.
Y yo, viendo mi peligro,
alargando el paso, intento
escaparme de sus manos,
y en aquesta casa entro,
donde iris de mi fortuna
vuestros divinos luceros,
deste riesgo me aseguran;
pues al venirme siguiendo
la justicia, en tantos rayos,
mudos, cobardes y ciegos,

sin encontrarme...

DOÑA MANUELA:

Tened,
y no gastemos el tiempo,
que a vuestra vida le importa,
en corteses devaneos
que aumenten en la tardanza
vuestro peligro. Y supuesto
que de mi casa os valéis,
y en mí ya es preciso empeño
de aqueste riesgo libraros,
Damiana, a este caballero
lleva, y por la puerta falsa,
antes que le halle aquí dentro
la justicia, a la otra calle
le saca.

JUANA:

Apenas acierto,
Señora, con las palabras.

DOÑA MANUELA:

Dejad esos cumplimientos,
y idos antes que aquí llegue
la justicia.

DOÑA ELENA:

(Aparte.)
Bien se ha hecho.
(Hablan aparte DOÑA ELENA y JUANA.)

JUANA:

¿Qué intentas, Señora?

DOÑA ELENA:

Dame
espada, capa y sombrero;
que después lo sabrás todo.
(Vase con JUANA.)

Escena XVIII

DON FÉLIX, en traje de noche; TRONERA. -DOÑA MANUELA.

DON FÉLIX:

No vengo, tirano dueño,
firme a escuchar tus finezas,
amante a lograr tu afecto,
ciego a abrasarme en tus ojos,
pues ni amante, firme y ciego,
sino celoso (¡ay de mí!),
a averiguar sólo vengo.
Tus traiciones y mi agravio.

TRONERA:

(Aparte.)

Bravo gusto es pedir celos
de cumplimiento no más.

DOÑA MANUELA:

Señor don Félix, yo pienso
(¡Ciega de cólera estoy!)
que vienes loco, supuesto
que, olvidando los desaires
que hoy en tu cuarto me has hecho,
delante de mí te pones.

DON FÉLIX:

No con fingidos pretextos
has de ocultar tus traiciones:
un hombre ha entrado aquí dentro,
recatándose de mí;
y aunque falte a tu respeto
y aventure tu decoro
(pues nada advierten los celos),
he de mirar todo el cuarto.

DOÑA MANUELA:

No, grosero, loco y necio,
a mi pundonor te atrevas.
Y advierte que te aborrezco
de modo, que aun desengaños
de tan libre pensamiento
no has de llevar de mi casa.

DON FÉLIX:

Pues perdona; que no puedo
dejar de buscarlo yo.

(Va a entrar DON FÉLIX, y encuentra al paño a DOÑA ELENA con la capa, espada y

sombrero de JUANA.)

Escena XIX

DOÑA ELENA. -DICHOS.

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

Ya Damiana será cierto
que habrá sacado a aquel hombre;
yo por mi honor, deseo
satisfacerle no más.

DON FÉLIX:

¿Quién va? ¿Quién es?

DOÑA ELENA:

(Aparte a DON FÉLIX.)

Deteneos,
¿Es usted, don Félix?

DON FÉLIX:

¿Es don Lope?

DOÑA ELENA:

Sí, amigo.

DON FÉLIX:

¡Cielos, qué veo!
¿Vos en esta casa?

DOÑA ELENA:

Sí,

porque el divino sujeto
que adoro es doña Manuela,
a quien mil favores debo;
y estando hablando con ella,
se oyó ruido, y creyendo
que era su padre o su hermano,
me mandó entrar aquí dentro.
Y pues sé que en esta casa
entráis, porque de su viejo
padre sois íntimo amigo,
y estáis obligado, puesto
que me distéis la palabra

de ampararme en este empeño,
no me descubráis ahora.
Y aqueste lance secreto
tened, y adiós; porque antes
que aquí me encuentren, intento
salir por la puerta falsa
a esotra calle.
(Vase)

Escena XX

DOÑA MANUELA, DON FÉLIX, TRONERA; luego, DOÑA ELENA, la criada;
después, DON FERNANDO, dentro.

DON FÉLIX:
¡Yo quedo
bien despachado, por Dios!
Mas de don Lope no tengo
de qué tener queja, y fuera
lo que me esta sucediendo
gracioso cuento por Dios,
si me cogiera este empeño
muy fino y enamorado.
Mas ya en este lance puesto,
es fuerza fingir. -¡Ah falsa!
¡Ah tirana!
(A DOÑA MANUELA.)

DOÑA MANUELA:
¿Qué es aquesto?
¿Estáis en vos?

DON FÉLIX:
Ya he sabido
(Muerto estoy, ¡valedme, cielos!)
tus engaños, tus traiciones.

TRONERA:
(Aparte.)
Si dicen los hombres esto
fingiendo, ¿qué harán las hembras?

DOÑA MANUELA:
Yo pienso que estáis sin seso.
¿Damiana?

DOÑA ELENA:

(Sale)

¿Señora?

DOÑA MANUELA:

(Aparte a DOÑA ELENA.)

Dime:

cuando entró don Félix dentro,

¿Encontró aquel hombre?

DOÑA ELENA:

No;

que yo le puse al momento

en la calle.

DON FÉLIX:

¿Qué, procuras

con otro engaño de nuevo

desvanecer lo que he visto?

DOÑA MANUELA:

No respondo a tan grosero

lenguaje, señor don Félix,

porque presumo, y aún creo,

que estáis loco.

DON FÉLIX:

Pues, aleve,

bien puede mi noble pecho

ser objeto de tus iras,

y bien pueden tus desprecios

abandonar mi esperanza;

mas ten, ingrata, por cierto

que no has de lograr la industria

de engañar a un mismo tiempo

a don Lope de Mendoza

y a mí.

DOÑA MANUELA:

Damiana, ¿oyes esto?

¿Qué don Lope?

DON FÉLIX:

No lo niegues.

DON FERNANDO:

(Dentro.)

Hola, Lucía, trae luego
a este aposento unas luces.

DOÑA MANUELA:

Este es mi hermano; idos presto,
señor don Félix, que yo
quiero salirle al encuentro,
porque a esta pieza no entre.
(Vase.)

Escena XXI

DOÑA ELENA, DON FÉLIX, TRONERA.

DON FÉLIX:

(Aparte.)

Por Dios, que el diablo me ha puesto
la ocasión de la criada
a tiro de mi deseo;
y no he de perderle, pues
si entrare ahora aquí dentro
don Fernando, diré que
buscando a su padre vengo.

DOÑA ELENA:

¿Qué aguardáis, señor don Félix?

DON FÉLIX:

Sólo advertirte que tengo
que decirte una palabra.

DOÑA ELENA:

Pues ¿qué me quiere?

DON FÉLIX:

Te quiero.

DOÑA ELENA:

¿Vos a mí?

DON FÉLIX:

No, sino al alba,
que está en tus ojos.

DOÑA ELENA:

Ya entiendo,
¿Hacéis burla?

DON FÉLIX:

No, por Dios.

DOÑA ELENA:

Idos apriesa; que temo
que entre aquí mi amo, y yo,
si os hablo verdad, no os creo.

DON FÉLIX:

¿Por qué, Damiana?

DOÑA ELENA:

Porque
a todas decís lo mismo.
¿Qué aguardáis?

DON FÉLIX:

Si todas fueran
como tú...

DOÑA ELENA:

Ved que en un riesgo
me ponéis.

DON FÉLIX:

No fuera yo...

DOÑA ELENA:

¿Qué?

DON FÉLIX:

Mudable.

TRONERA:

¡Andares!

DOÑA ELENA:

Luego
¿es cierto que me queréis?

DON FÉLIX:

Sí, Damiana, tan cierto,
como que tú eres hermosa.

DOÑA ELENA:
¿Quién lo asegura?

DON FÉLIX:
Mi pecho.

DOÑA ELENA:
¿Quién lo confirma?

DON FÉLIX:
Mi amor.

DOÑA ELENA:
Pues a fe...

DON FÉLIX:
Dilo.

DOÑA ELENA:
Es que tengo
muy poca paciencia yo.

Escena XXII

DOÑA MANUELA. -DICHOS.

DOÑA MANUELA:
Señor don Félix, ¿qué es esto?
¿vos aún aquí? Pero ¿cómo
no os habéis ido?

TRONERA:
(Aparte.)
¡San Telmo!

DON FÉLIX:
Yo, Señora...

DOÑA ELENA:
(Aparte.)
Deste lance
me saque agora el ingenio.

DOÑA MANUELA:
¿No habláis?

DOÑA ELENA:
El señor don Félix,
poco advertido y atento,
me preguntaba quién fue
aquel hombre que encubierto
entró aquí esta noche; y yo
respondí que si estaba ciego
o loco, cuando tú entrabas.

DON FÉLIX:
(Ap. Ya es fuerza fingir de nuevo.)
Es verdad, pues con su muerte
castigaré a un mismo tiempo
tus traiciones y mi agravio.

DOÑA MANUELA:
Vos habéis perdido el seso;
id con Dios, señor don Félix,
y no de mi sufrimiento
más experiencias hagáis.

DON FÉLIX:
Sí haré; y el cielo prometo
no verte ya más ni hablarte.

DOÑA MANUELA:
Bien hacéis, porque eso mesmo
le tengo ofrecido yo.

TRONERA:
Ven, Señor; que con un negro
esto no pudiera usarse.

DOÑA ELENA:
Ven, Señora; que no puedo
escuchar desaires tuyos.

DOÑA MANUELA:
Un volcán llevo en el pecho;
yo vengaré mis agravios.

DON FÉLIX:

Yo satisfaceré mis celos.

DOÑA MANUELA:
¡Ah traidor!

DON FÉLIX:
¡Ah ingrata!

DOÑA MANUELA:
¡Ah falso!

DOÑA ELENA:
(Aparte.)
¡Ah! Quiera amor que mi ingenio
consiga con esta industria
el fin de tantos enredos.

JORNADA TERCERA

Sala en el cuarto bajo de la casa inmediata a la de las Conchas.

Escena I

DOÑA ELENA y JUANA, de mujeres, ORTIZ.

DOÑA ELENA:
Esperadme en este cuarto
bajo, mientras subo arriba
a ver a doña Manuela,
y tenedle, porque aprisa
he devolver a buscaros,
abierto; que si hoy propicia
la fortuna favorece
de mi amor las tropelías,
ha de ser mío don Félix.

JUANA:
Quiera Dios que tus fingidas
apariencias no nos hagan
Monsieures de la Paliza
a mí y a Ortiz.

DOÑA ELENA:

No temáis.

ORTIZ:

Mi lealtad no te replica:
abierta estará la puerta.

(Vase con JUANA.)

Escena II

DOÑA ELENA:

¡Ah dios amor! si me anima
tu deidad, lograr espero
el fin de las ansias mías.

De doña Manuela al cuarto
subo.

(Éntrase, y sale por la otra puerta)

Habitación del DOCTOR CONTRERAS.

¡Qué breve camina
un deseo! Ya he llegado.

Llamo, pues.

(Llama)

Escena III

DON FERNANDO. -DOÑA ELENA.

DON FERNANDO:

¿Quién es? El día
podré decir; pues tus ojos,
bella Damiana, acreditan
más esplendor en sus rayos
que el alba, cuando ilumina,
embajadora del sol,
esas campañas floridas,
que airoso el mayo bosqueja
y diestro el abril matiza,
se nieve en las azucenas,
de grana en las clavellinas,
que hurtaron a tu belleza,
para salir más lucidas,
el aliento de tu boca
y el color a tus mejillas.
¡En hora buena!

DOÑA ELENA:

Tened;
que estoy ahora muy de prisa,
y no es posible escucharos;
y aquesas cortesánías
con una humilde criada
no gastéis, que es cosa indigna
emplear en un sujeto
tan corto vuestras caricias.
Y adiós, que a ver a mi ama
entro.

DON FERNANDO:

Espera, y no prosigas
tanto en humillarte, cuando
aun el mismo amor la dicha
de ser tuyo no merece.

DOÑA ELENA:

Aunque ruda, no me obligan
las palabras de los hombres,
pues bien sé que las publican
muy finas en la esperanza,
y en la posesión muy tibias.
Dejadme pasar.

DON FERNANDO:

Damiana,
quíteme el cielo la vida
si no te adoro.

DOÑA ELENA:

Pues yo
(Ap. Preciso sera que finja
por librarme de este necio),
como crea esa noticia,
con la experiencia, seré...

DON FERNANDO:

¿Qué serás?

DOÑA ELENA:

Agradecida.

DON FERNANDO:

¿Qué, sabrás pagar mi amor?

DOÑA ELENA:

Siempre he sido yo muy fina
con lo que quiero; más esto,
hasta que de asiento viva
en casa, se quede aquí.

DON FERNANDO:

¿Cuándo llegará ese día?

DOÑA ELENA:

En mejorando la enferma.

DON FERNANDO:

¿Cómo está?

DOÑA ELENA:

Las medicinas
van obrando poco a poco;
y con una que hoy le aplican,
que ha de sanar brevemente
espero.

DON FERNANDO:

Amor lo permita
para que a casa te vengas.
Y entre tanto que te obligan
mis finezas, ¿qué señal
dejas a la pena mía
de que has de pagar mi amor?

DOÑA ELENA:

Mi palabra.

DON FERNANDO:

Aunque me anima
tu palabra, otro favor
me has de hacer.

DOÑA ELENA:

Como no elijas
cosa contra mi decencia...
¿Cuál ha de ser?

DON FERNANDO:

Que permitas
en la nieve de tu mano
temple el incendio.

DOÑA ELENA:
Desvía,
y repara...

Escena IV

DOÑA MANUELA. -DICHOS.

DOÑA MANUELA:
¿Qué es aquesto?

DON FERNANDO:
(Ap. ¡Qué poco dura una dicha!)
Yo, hermana...

DOÑA MANUELA:
Va, don Fernando,
conozco de tu malicia
la intención, pues muchas veces
me di por desentendida
de tus locos devaneos,
mas, ya que el lance me obliga
a declararme contigo,
sabe que están defendidas
mis criadas en mi recato,
con una guarda de vista
tan vigilante y atenta,
que escalar al sol porfía
el que se atreve a mirarlas.
Y si pasa, inadvertida,
adelante tu intención,
será fuerza que le diga
a mi padre tu locura,
porque atento la corrija.
Pienso que me has entendido.

DON FERNANDO:
Basta, hermana; que corrida
está mi atención de ver
que con tal rigor me riñas,
siendo mi culpa tan leve

como haber dicho por risa
una chanza a Damiana,
que no ha pasado la línea
de su respeto y el tuyo.
Y pues queda desmentida
tu sospecha, te suplico
que a mi padre no le digas
cosa que le dé disgusto.
Y adiós, que temo tus iras
más que mi delito, hermana.
(Ap. Ay, Damiana divina,
ciego me tienen tus ojos;
¿qué mucho, si a quien los mira,
flecha a flecha, rayo a rayo,
matan a traición sus niñas?)
(Vase.)

Escena V

DOÑA MANUELA, DOÑA ELENA.

DOÑA MANUELA:
Bien castigué su locura.-
¿Damiana?

DOÑA ELENA:
¿Señora mía?

DOÑA MANUELA:
Parece que triste vienes.

DOÑA ELENA:
Con harta causa afligida
llego a tu presencia.

DOÑA MANUELA:
¿Cómo?

DOÑA ELENA:
Como a la madre Cristina
se le ha agravado el achaque
de suerte, que de su vida
dudan los médicos; y
es fuerza que yo la asista
hasta ver el fin que tiene.

A cuya causa venía
a pedirle que me des
licencia por unos días,
porque yo faltar no puedo
a obligación tan precisa;
que después volver ofrezco
a servirte con la misma
lealtad que hasta aquí. Y mi cofre
en prendas de mi venida
quedará en tu poder.

DOÑA MANUELA:
Basta;
que siendo una obra tan pía,
no he de embarazarla yo.

DOÑA ELENA:
Esto tanto, que sería
descuido de mi fineza,
y faltarme yo a mí misma
no ejecutarla hasta el fin.
Y pues mi fe la ejercita
en virtud de tu licencia,
ten por cosa muy sabida
que tienes en ella parte,
supuesto que tú me obligas
a que la haga por tu causa.

DOÑA MANUELA:
Mucho tu atención estima
mi voluntad. Y esas obras,
puesto que me las aplica
tu atención, pídele al cielo
que sean parte, si benigna
lo dispusiere mi estrella,
para que logre la dicha
de casarme con don Félix;
que aunque me tiene ofendida
(esto es verdad, Damiana),
no es posible que yo viva
sin él un instante.

DOÑA ELENA:
(Ap. En vano
asesté la artillería
de mis engaños). Por cierto,

señora, que me lastima
tu ceguedad, pues a un hombre
tan falso...

DOÑA MANUELA:
Nada me digas;
que esto no tiene remedio.

DOÑA ELENA:
Como has mandado tú misma
que te acuerde sus traiciones,
yo con buen celo venía
a obedecerte.

DOÑA MANUELA:
Damiana,
quien bien ama tarde olvida,
y yo no vivo sin él.

DOÑA ELENA:
Pídele a Dios que a Cristina
le dé salud, porque yo
vuelva a servirte tan fina
como sabes; y tu boda
la deja por cuenta mía,
que estando yo de por medio
es fuerza que la consigas.

DOÑA MANUELA:
De tu lealtad no lo dudo.
Adiós Damiana, y mira
que en pudiendo has de volver
a servirme.

DOÑA ELENA:
Eso te afirma
mi lealtad. Adiós, Señora.
(Vase DOÑA MANUELA.)

Escena VI

DOÑA ELENA:
Ea, amor, vamos aprisa
al cuarto bajo.
(Entra por una puerta y sale por otra.)
Sala del cuarto bajo.
La puerta

está abierta; si de arriba
me miran quiero saber.
(Observa desde la puerta.)
Nada descubre la vista:
(Entra en la escena.)
Entro pues. -¿Ortiz?

Escena VII

ORTIZ, JUANA.- DOÑA ELENA.

ORTIZ:
Señora,
¿qué nos mandáis?

DOÑA ELENA:
Ya es preciso
daros de mi intento aviso.

JUANA:
Aquí nos tienes ahora;
lo que quisieres ordena.

DOÑA ELENA:
Ya sabéis que publicó
Ortiz, por mandarlo yo,
que a cumplir cierta novena
doña Elena de Guevara
llegó de Madrid anoche.

ORTIZ:
Por señas, que busqué un coche
de camino que llegara
a la puerta, porque así
fuese el embuste creído.

DOÑA ELENA:
Don Félix, pues, inducido
del lance que pasó aquí
conmigo anoche...

JUANA:
Ya sé
que te buscó de contado.

DOÑA ELENA:

Pues sabe que habiendo hablado
de paso en mi amor, sin que
se diese por entendido,
de conversación mudó,
y curioso preguntó
quién aquella dama ha sido
que apeándose de un coche,
según le dijo Tronera,
recatada y forastera,
a esta casa llegó anoche.

A que yo, si se repara
el motivo que me anima,
respondí que era mi prima
doña Elena de Guevara,
una principal doncella
que, de cierto voto a instancia,
pasa a la Peña de Francia,
muy discreta, rica y bella.

A que él, ya fuese cautela
de su libre condición
o por vengar la traición
que juzga en doña Manuela,
me dijo que estimaría,
como ella se lo permita,
hacerle hoy una visita;
pues siendo prenda tan mía,
tocaba a su obligación
el asistirle muy fino,
por mi amigo y por vecino.

Y yo, viendo la ocasión
de que don Félix me vea,
de que mi sangre no ignore,
y que de mí se enamore
(si no le parezco fea),
de su noble cortesía
a mi prima darle parte
ofrecí, y después con arte
le dije que ya tenía
licencia de visitarla,
y que cortés se la dio,
por haberle dicho yo
que era tan mi amigo.

JUANA:

No halla

mayor enredo que urdir
el demonio.

DOÑA ELENA:

Finalmente,
me dijo que diligente
esta tarde ha de venir
a ver a la forastera
doña Elena de Guevara,
y yo que le acompañara
le dije, si no tuviera
cierto negocio importante,
que muy presto acabaría,
y a buscarle volvería.

JUANA:

No pases más adelante,
pues si el papel has de hacer
de Elena, tope o no tope,
dí, ¿cómo has de ser don Lope
a un tiempo?

DOÑA ELENA:

Siendo mujer
¿Eso preguntas?

JUANA:

Pues sabe
que verte también desea...

DOÑA ELENA:

¿Quién?

JUANA:

Doña Paula de Urrea,
y con un recado grave,
ella con doña Manuela
aquesta noche previenen
visitarte, y juntas vienen.

DOÑA ELENA:

Nada mi industria recela;
de todo salir sospecho.

JUANA:

Según en mentir te empeñas,

alguna legión de dueñas
se te ha metido en el pecho.

DOÑA ELENA:

Vamos, Juana, que ya es hora,
y he de mudar de vestido.
Y vos haced advertido
lo que os he dicho.

ORTIZ:

Señora,
aunque yo (graciosa historia)
lo he repasado esta siesta,
más de seis horas me cuesta
el saberlo de memoria;
mas descuida que aunque soy
fiel criado y buen pobrete,
yo nací para alcahuete.

DOÑA ELENA:

De vos confiada voy
que no erraréis lo que os dije.
Quedaos aquí, y en viniendo
don Félix, le detened
mientras me visto.
(Vanse las dos.)

Escena VIII

ORTIZ:

Yo quedo
advertido.- ¡Hay tal mujer!
El Bosco en sus embelecos
no pensó transformaciones
tan extrañas como ha hecho
en cuatro días mi ama:
porque cuanto a lo primero,
en la casa de las Conchas
es don Lope, un caballero
de Madrid; doña Manuela
Contreras al mismo tiempo
la tiene por Damiana;
y hoy, porque yo pierda el seso,
cara a cara con don Félix
ha de ser, volente Deo,

doña Elena de Guevara,
sin otro embuste casero
que yo por ella he de hacer.
Señores míos, hablemos
en juicio: si una mujer
fabrica tales enredos,
¿de qué nos sirven los sastres?
(Llaman.)
Mas a la puerta sospecho
que llaman; este es don Félix.

Escena IX

DON FÉLIX, TRONERA. -ORTIZ.

ORTIZ:
¿Qué mandáis?

DON FÉLIX:
Saber deseo
si está en casa mi señora
doña Elena.

ORTIZ:
Yo sospecho
que acabando de vestirse
está.

TRONERA:
(Aparte.)
Por Dios, que a este viejo
en el cuarto de don Lope
ha días que entrar le veo
con gran recato; aquí hay maula,
por san Cirilo.

DON FÉLIX:
Yo vengo
de don Lope, apadrinado,
de Mendoza.

ORTIZ:
Ya os entiendo:
el primo de mi señora.

DON FÉLIX:

Soy su amigo verdadero,
y de besarla la mano
mi amistad y el parentesco
de don Lope me han granjeado
licencia de vuestro dueño.
Y así, en habiendo lugar
la avisad.

ORTIZ:

Mucho me huelgo
que haya ocasión de serviros;
en vistiéndose, al momento
la avisaré.

DON FÉLIX:

Pues decidme,
puesto que nos sobra el tiempo,
¿quién es aquesta señora?
porque solo el parentesco
he sabido de don Lope.

ORTIZ:

Esa dama es cuando menos
doña Elena de Guevara;
su padre, que esté en el cielo,
don Fernando de Guevara
se llamó.

DON FÉLIX:

Ese caballero
vivió en mi calle en Madrid,
y fue amigo muy estrecho
de mi padre; y de su hija
muy grandes noticias tengo;
más no la he visto la cara
por el prolijo recelo
con que aun del sol la guardaba;
bien que de la fama al vuelo
supe que era muy hermosa.

ORTIZ:

Ese es encarecimiento
muy corto; porque mi ama,
en talle, en cara, en aseo,
al sol le da quince y falla.

¿Pues entendida? Galeno
y Tito Livio son niños,
comparados con su ingenio,
de la doctrina.

DON FÉLIX:
(Aparte a TRONERA.)
Tronera,
buena ocasión me da el cielo
para vengar las traiciones
de aquella ingrata.

TRONERA:
Sin eso
y con eso has de embestir
a la tal Elena, puesto
que siendo otra, ha de agradarte.

ORTIZ:
Pues su mayorazgo, es cierto
que son cuatro mil ducados
de renta, sin más de ciento
que goza libres. Por Dios
que intentó su casamiento
un príncipe borgoñón
y dos marqueses tudescos;
aunque no admitió a ninguno.

DON FÉLIX:
Ver y conocer deseo
una dama de esas prendas.

ORTIZ:
Bien hacéis; pero os advierto
que cuando estéis de visita
(Ap. Aquí entra agora mi enredo)
no habléis en cosa de amor;
porque suele darle a tiempos
cierto mal de corazón
que priva su entendimiento.
Y es tan modesta y hermosa,
que si escucha algún requiebro
(aunque le forme el acaso)
contra su decoro honesto,
se desmaya luego al punto;
tanto, que un día viniendo

en un coche, al apearse
le dijo cierto mancebo
« No es mucho con tales pies
que pierdan pie los deseos»;
y ella, de escucharle sólo,
vino desmayada al suelo,
y hubo menester garrotes
para volverla en su acuerdo.
Mas ella sale ya,

Escena X

DOÑA ELENA, muy bizarra; JUANA. -DICHOS.

DOÑA ELENA:
Ortiz,
¿quién es ese caballero?

ORTIZ:
Don Félix de Vargas dice
que se llama.

DOÑA ELENA:
Ya me acuerdo;
¿el amigo de mi primo?

DON FÉLIX:
Sí, Señora, aqueso mesmo
soy, que a vuestros pies... -Tronera,
(Aparte a TRONERA.)
¿no reparas?

TRONERA:
Por san Pedro,
que este don Lope, tu amigo,
es grandísimo hechicero,
o todos se le parecen.
Y la fámula, en el gesto,
es de Mendrugo un retrato!

JUANA:
(Aparte.)
Al mirarnos se pusieron
de convidados de piedra;
mucho haré si no reviento

de risa.

DOÑA ELENA:
¿Qué os suspendéis,
señor don Félix?

DON FÉLIX:
No acierto
a decir que vuestra cara...

DOÑA ELENA:
Esperad, que ya os entiendo:
¿queréis decir que a don Lope
de Mendoza me parezco,
mi primo?

DON FÉLIX:
De eso me admiro.

DOÑA ELENA:
Todos me dicen lo mismo;
mas no es tanto como dicen.

JUANA:
Tu primo es más aguileño
de nariz, y aunque en el rostro
te da algún aire de lejos,
no es grande la semejanza.

TRONERA:
(Aparte a DON FÉLIX.)
Yo desde cerca estoy viendo
a don Lope, y a Mendrugo,
su criado.

DON FÉLIX:
Calla, necio,
y advierte que estos milagros
de la sangre son efectos
que suceden cada día;
ya verdad te confieso,
desta mujer el donaire
me ha robado los deseos.
¡No vi tan rara hermosura!

TRONERA:

Sí, el don Lope es como un cielo;
yo pienso que has de hacer humo.

DOÑA ELENA:

Sentaos, y tened por cierto,
señor don Félix de Vargas,
que mi primo y yo tenemos
los deseos muy iguales
de serviros.
(Siéntanse.)

DON FÉLIX:

¿Cómo puedo
pagaros la obligación
en que me empeñáis, supuesto
que viene a tantos favores
corto un agradecimiento?

DOÑA ELENA:

Siempre vos sois muy galante;
y como en Madrid tenemos
nuestras casas tan vecinas,
ya por las señas me acuerdo
que os he visto algunas veces.

DON FÉLIX:

Yo, menos dichoso, es cierto
que hasta ahora no os he visto;
y por Dios que de no veros
me hubiera holgado, Señora,
pues al mirar los reflejos
de vuestros ojos divinos,
salamandra de su incendio
mi corazón...

DOÑA ELENA:

(Asustada.)
¿Qué decís?

DON FÉLIX:

Arde entre sus rayos bellos
tan rendido...

DOÑA ELENA:

¿Cómo? ¿Vos
contra mi honor? ¡Muerta, cielos,

estoy! ¡Ay de mí!
(Desmábase)

ORTIZ:
¿No os dije
(tírale, Juana los dedos)
que en hablándole de amores,
se desmayaba al momento?
Por Dios, que la hicimos buena.

JUANA:
Nunca le ha dado tan recio
el mal. ¡Jesús, qué desdicha!

DON FÉLIX:
Sin mí estoy, turbóse el cielo,
desaparecióse el sol.
¿Señora, señora?

ORTIZ:
¡Bueno!
Lo mismo es decir ahora
que vuelva que hablarla en griego.

DON FÉLIX:
Mal haya mi lengua, amén,
pues ha sido causa desto.

ORTIZ:
Llevémosla poco a poco
a la cama.

DON FÉLIX:
Aquí os espero
hasta ver si vuelve en sí.

ORTIZ:
Esperadme; que ya vuelvo.
(Llévanla entre ORTIZ y JUANA.)

Escena XX

DON FÉLIX, TRONERA.

DON FÉLIX:

Tronera, yo estoy perdido;
¡ay de mí, que por ser necio
le ocasioné el accidente!
Muerto estoy, valedme cielos.

TRONERA:
Luego ¿la quieres de veras?

DON FÉLIX:
¿Eso dices, cuando el mismo
amor peligra en sus ojos?

TRONERA:
Vivo Dios, que no te creo.
¿Tú sentir, tú suspirar,
tú enamorarte y primero
he de creer que se olvida
de sus manos y su pelo
un lindo, que tu fineza.

DON FÉLIX:
Deja la chanza y hablemos
de veras. Pues ¿no merece
aquel garbo, aquel despejo
y aquella hermosura (¡ay triste!)
lograr mayores trofeos
que una alma que la he rendido?

TRONERA:
Parece que somos griegos.
ven acá: si a la más linda
penas le das el cuerpo
un hora, ¿cómo es posible
que el alma en tan breve tiempo,
le hayas dado a esta mujer?

DON FÉLIX:
Yo, Tronera, te confieso
que soy vario; pero cuando
es tan divino el objeto,
no rendirse el albedrío
fuera pasarse de necio
a grosero.

TRONERA:
Muy bien dices;

mas traigan aquí un cochero
con manto y basquiña, y si
no le dijeres lo mismo,
como venga de medio ojo,
quiero volverme al momento
Tronera de aquella mesa
de trucos que ha tanto tiempo
que está en la calle del Lobo.
mas, dejando a un lado esto,
¿imaginas que esta dama
es doña Elena?

DON FÉLIX:
Yo pienso
que te burlas.

TRONERA:
Vive Cristo,
que tengo los ojos hueros,
o éste es don Lope, Señor.

DON FÉLIX:
Loco estás; pues ¿a qué efecto
ha de vestirse don Lope
de mujer?

TRONERA:
Yo no lo entiendo.
mas, pues aquí esperar quieres
hasta que vuelva en su acuerdo
esta dama o este duende,
con tu licencia yo quiero
ir a buscar a don Lope,
porque, si en casa le encuentro
o en otras partes, saldrás
de la duda y el recelo
en que nos vemos los dos.

DON FÉLIX:
Bien has dicho; vete luego,
Tronera.

TRONERA:
Volando voy.
(Al irse a entrar, salen de estudiantes DOÑA ELENA y JUANA.)

Escena XII

DOÑA ELENA, JUANA. -DICHOS.

DOÑA ELENA:

Perdonadme si no he vuelto
a buscaros más apriesa,
porque me ha ocupado el tiempo
aquel negocio que os dije.

DON FÉLIX:

(Aparte a TRONERA.)

¿Estás, Tronera, contento?
¿Has visto ya que don Lope
no es doña Elena?

TRONERA:

(Aparte.)

Yo pienso
que sueño, y aunque a los ojos
el desengaño tan cierto
miro, no lo he de creer;
y antes que me quite el seso
esta duda, he de apurar,
vive Dios, lo que recelo.

DOÑA ELENA:

Y ¿cómo os fue con mi prima?

DON FÉLIX:

No acertaré a encareceros
lo que debo a su agasajo;
ella es hermosa en extremo
y discreta.

DOÑA ELENA:

Es muy cortés.
pero la dio al mejor tiempo
de la visita un desmayo,
con que del sol los reflejos
se eclipsaron.

DOÑA ELENA:

¿Qué decís?
¡Grave desdicha!

Escena XIII

ORTIZ. -DICHOS.

ORTIZ:

Ya ha vuelto
mi ama del accidente,
y ya desnuda la dejo
en la cama.

JUANA:

(Ap.)

Claro está
que se desnudó al momento,
y se vistió de estudiante
para forjar este enredo.

DON FÉLIX:

Dejadme que a hablarla entre.

ORTIZ:

Por Dios, que eso fuera bueno,
estando en la cama; antes,
señor, de su parte vengo
a deciros que otro día
recibirá el favor vuestro,
en sintiéndose mejor.

DON FÉLIX:

Respondedla que, aunque muerto
su accidente me dejó,
ya; vuelvo a vivir, sabiendo
que se cobró del desmayo;
y que en mejorando, luego
volveré a besar su mano.

DOÑA ELENA:

Decidla también lo mismo
de mi parte, y el cuidado
con que me deja el suceso
de tal accidente.

ORTIZ:

Ella

está tan cerca, que pienso
que lo está escuchando todo;
adiós, que a llevarla vuelvo
la respuesta. (Ap. Por san Tito.
Que se logró el embeleco.)
(Vase.)

Escena XIV

DOÑA ELENA, DON FÉLIX, JUANA, TRONERA.

DOÑA ELENA:
Cierto, que me da cuidado
el mal de mi prima.

DON FÉLIX:
Eso
lo decís como pariente,
pero yo... Mas callar quiero;
que mi cuidado, don Lope,
aun la voz de mi silencio
no ha de saberlo.

DOÑA ELENA:
Pues ¿cómo,
siendo tan amigo vuestro,
de mi os recatáis?

DON FÉLIX:
Porque
ha de parecer extremo
de locura lo que os digo;
y así, os encubre mi pecho
lo que siente.

DOÑA ELENA:
Eso será
desconfiar de mi afecto,
y juntamente agraviarme.

DON FÉLIX:
Pues yo os daré de mi intento
parte, si me dais palabra
de ayudarme en lo que emprendo.

DOÑA ELENA:
Yo la doy; decid ahora,
Félix, vuestro sentimiento.

DON FÉLIX:
Salíos los dos allá fuera.

JUANA:
Ya, Señor, te obedecemos.
(Vase.)

Escena XV

DOÑA ELENA, DON FÉLIX, TRONERA.

TRONERA:
(Aparte.)
De secreto están hablando,
y divertidos; yo quiero
debajo de este bufete
zamparme; que así pretendo
saber toda esta maraña.
(Métese TRONERA debajo de un bufete, que ha de estar con sobremesa.)

DOÑA ELENA:
Proseguid; que ya os atiendo.

DON FÉLIX:
Digo, en fin, que a vuestra prima
miré apenas, cuando ciego
a tanta luz, la rendí
alma, vida, pensamiento
y libertad.

DOÑA ELENA:
Esperad,
y no gastéis fingimientos
conmigo, pues no me olvido
de que habéis dicho vos mismo
que las mujeres os sirven
solo de entretenimiento
para quebrantar el ocio
y para ocupar el tiempo
que os deja libre el estudio.

DON FÉLIX:

No de mi amor y mi afecto
os burléis; que, vive Dios,
que me tiene loco y ciego
de vuestra prima divina
la hermosura.

DOÑA ELENA:

¿Qué, tan presto
os habéis enamorado?

DON FÉLIX:

Amor no ha menester tiempo
para rendir albedríos.

DOÑA ELENA:

Es verdad; pero yo temo
que el vuestro es tan libre, que
aún no le aprisiona el viento.

DON FÉLIX:

Yo no disputo con vos,
don Lope; solo pretendo
que ayudéis a mi intención.

DOÑA ELENA:

Decí en qué serviros puedo,
seguro de mi amistad.

DON FÉLIX:

Solo en honrar mis deseos,
proponiendo a vuestra prima,
don Lope, mi casamiento;
pues si aquesta dicha logra
mi fineza...

DOÑA ELENA:

Ya os entiendo.
Yo a apadrinaros me obligo;
pero advirtiéndooos primero
que mujeres como ella,
y hombres como yo, no hacemos
empeño en estas materias,
para no dejar bien puesto
el crédito y la palabra;
y si hablo verdad, recelo

de vos, que siendo tan vario...

DON FÉLIX:

Poco, don Lope, os merezco,
si dudáis de mi atención
que en nada falte al respeto
de mi sangre y mi palabra.
En esta mano le 'ofrezco
alma y vida a mi señora
Doña Elena, si merezco
ser su esclavo.

DOÑA ELENA:

(Ap. Amor, albricias.)

Pues, don Félix, yo la acepto,
para tratarlo no más,
pues hasta saber su intento,
nada puedo aseguraros.

DON FÉLIX:

Mirad que de vos espero
el logro de mi esperanza.

DOÑA ELENA:

Pienso que tendréis buen pleito,
corriendo esto por mi mano.

DON FÉLIX:

De vuestra amistad bien creo
que obraréis con gran fineza.

DOÑA ELENA:

Creédme, que lo deseo
tanto como vos, don Félix.
Id con Dios, porque yo entro
a ver a mi prima.

DON FÉLIX:

Adiós.
(Vase.)

Escena XVI

DOÑA ELENA; TRONERA, escondido.

DOÑA ELENA:

Gracias te doy, amor ciego,
de aquesta dicha.

(Saca la cabeza, por debajo del bufete y sobremesa, TRONERA.)

TRONERA:

(Ap.) Mi amo
se fue, al parecer; ya es tiempo
de que saque la cabeza
el lagarto.

DOÑA ELENA:

Apenas puedo
creer lo que me sucede.-
Ortiz, Juana, sacad luego
unas luces a esta pieza,
porque viene anocheciendo,
y doña Paula de Urrea
y doña Manuela es cierto
que ya no pueden tardar.

Escena XVII

ORTIZ, con luces; luego, JUANA.- DICHOS.

ORTIZ:

Ya están aquí.

DOÑA ELENA:

Tráeme luego,
Juana, los vestidos tú,
y desnúdame; que quiero
volver a ser doña Elena
de Guevara.

(Saca JUANA los vestidos de mujer.)

JUANA:

Aquí los tengo;
desabróchate la loba
mientras te quito el manteo.

(Vase desnudando DOÑA ELENA, y vistiéndose de mujer.)

TRONERA:

(Aparte.)

¿Cómo es esto? Vive Dios,

que ya se va descubriendo
la hilaza de aqueste embuste.

JUANA:

Ponte la saya primero,
y después los perendengues;
y no nos tengas suspensos,
sin decir qué te quería
don Félix.

DOÑA ELENA:

Cierra primero
la puerta.

ORTIZ:

Ya esta cerrada.

DOÑA ELENA:

¡Ay mi Juana!

TRONERA.

Por lo menos
ya sé que Mendrugo es Juana.

DOÑA ELENA:

Sabe pues que mis tormentos,
mis ansias y mis pesares
se han acabado.

JUANA:

Di presto;
¿cómo ha sido tu ventura?

DOÑA ELENA:

Como don Félix (bien puedo
hablar, pues nadie me escucha)...

TRONERA:

(Aparte.)

Ella piensa, a lo que veo,
que soy sordo.

DOÑA ELENA:

Muy rendido,
muy amante, muy atento
y muy fino, me ha pedido,

haciéndome su tercero,
que su casamiento trate
con mi prima.

JUANA:
Según eso,
¿se enamoró de repente
en la visita?

DOÑA ELENA:
Eso es cierto.

TRONERA:
(Aparte.)
¿Cómo cierto? Esta mujer
está borracha, supuesto
que hace caudal de mi amo,
creyendo sus fingimientos,
sus maulas y sus palabras;
con que tendrá, andando el tiempo,
la esperanza del judío.

JUANA:
Y dime, ¿cómo el intento
de ser tu esposo don Félix
has de lograr? que aunque veo
que siguiéndole has venido
desde Madrid; y que siendo
doña Elena de Guevara,
cautelosa, a un mismo tiempo
te has transformado en don Lope
de Mendoza; y después desto,
en casa de doña Manuela
también el papel has hecho
de Damiana, su criada;
sin el último embeleco
de ser prima de don Lope.-
Dudo que de tanto enredo
pueda tu ingenio salir.

TRONERA:
(Aparte.)
Descubrióse todo el cuento.
¡Por Dios, que es grande embustera
la tal doña Elena!

DOÑA ELENA:

Necio
es tu discurso: si he dicho
que don Félix ha propuesto
casarse conmigo, ¿cómo
dudas? Mas oye; que pienso,
(Llaman.)
si no me engaño, que llaman
a la puerta.

TRONERA:

Yo me vuelvo
a la huronera.
(Cúbrese con la sobremesa.)

JUANA:

Es verdad

DOÑA ELENA:

Ponme aquese lazo presto,
y abre la puerta.

JUANA:

¿Quién es?
(Abre la puerta.)

Escena XVIII

EL DOCTOR CONTRERAS, DOÑA PAULA, DOÑA MANUELA, DON FERNANDO.
-DICHOS.

DOCTOR:

Avisad a vuestro dueño
que a besar su mano vienen
sus vecinos.

DOÑA ELENA:

Llega presto,
Juana, unas sillas aquí.

DOCTOR:

No he querido, pues merezco
por vecino esta licencia...

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

Yo imagino que estoy viendo
a Damiana, mi criada.

DOCTOR:

Dejar, Señora, de veros,
para ofrecerme a serviros.

DOÑA PAULA:

(Aparte.)

¿No es este don Lope, cielos?

DOÑA MANUELA y

(Ap.) Cielos, ¿no es esta Damiana?

DON FERNANDO:

DOCTOR:

Y así, acompañando vengo
a mi hija y a mi señora
doña Paula; que los viejos
siempre con las damas hacen
el oficio de escuderos.

DOÑA ELENA:

Yo os estimo, como es justo,
el cortesano y atento
favor que me hacéis; y a todos,
sin cumplimento, os ofrezco
mi voluntad y mi casa.

LOS TRES

Todos al servicio vuestro
estamos. (Ap. ¡Qué confusión!)

DOÑA ELENA:

Sentaos pues.
(Siéntanse.)

LOS TRES:

(Ap.) Parece sueño
lo que estoy viendo.

DOCTOR:

Decid
¿cómo venís?

DOÑA ELENA:

Ya no puedo
dejar de venir muy buena;
pues llegando a conoceros
a Salamanca, es preciso
que me olvide del mal tiempo
que nos hizo en el camino.

DOCTOR:

Ha sido terrible invierno.
Y después de haberos dado
la bienvenida, deseo
saber a qué habéis venido
a nuestra ciudad.

DOÑA ELENA:

A un pleito
que me daba gran cuidado;
mas desde que llegué, pienso
que ya le tengo seguro.

DOCTOR:

Mucho, Señora, me alegro
que haya ocasión de serviros,
y yo de mi parte ofrezco
ser en él vuestro abogado.

DOÑA ELENA:

Yo os estimo, como debo,
ese favor; pero ya
con la parte me he compuesto,
y no he menester letrado.

DOCTOR:

Si al ajustar los conciertos
hubiere dificultad,
me avisaréis, porque quiero
hallarme yo en el ajuste.

DOÑA ELENA:

Aunque ha habido en este pleito
muy grandes dificultades
las ha vencido mi ingenio;
que aunque mujer, sé muy bien
litigar por mi derecho.

JUANA:

(Ap.) Sí, porque mi ama tiene
más leyes que Jaboleno.

Escena XIX

DON FÉLIX con espada y hábito de noche.- DICHOS

DON FÉLIX:
No ha podido mi cuidado
sosegar, señora, y vuelvo
a saber cómo os halláis
del desmayo.

DOÑA ELENA:
A muy buen tiempo,
señor don Félix venís.-
Ortiz, llegad un asiento.
(Levántanse todos.)

DON FERNANDO:
Aquí tenéis una silla.

DON FÉLIX:
Sentaos, y los cumplimientos
excusad conmigo.

ORTIZ:
Juana,
llega; y los dos apartemos
aqueste bufete a un lado,
para sin impedimento,
poner este taburete
a don Félix.
(Levantán el taburete y descúbrese TRONERA.)

JUANA:
¿Qué es aquesto?
¿quién está aquí?

TRONERA.
Por san Lino,
que el ratón cayó en el queso.
descubrióse la maraña.

DON FÉLIX:

Diga quién es.

TRONERA:

Un conejo,
empanado en un bufete.

DON FÉLIX:

¿No es Tronera? ¿Cómo, necio,
aquí estás?

TRONERA:

Señores míos,
atención; porque un enredo
como éste no ha de pasar
sin que el auditorio entero
lo sepa.

JUANA:

(Aparte.)

De aquesta vez
se deshizo el embeleco.

TRONERA:

Sabed pues que esta señora
que está presente, aunque es cierto
que se llama doña Elena
de Guevara, con pretexto
fingido es también don Lope
de Mendoza (un caballero
estudiante de Madrid,
Que pegado al cuarto nuestro,
vive en nuestra misma casa
en otro cuarto); y sin esto,
se acomodó por criada
de doña Manuela (siendo
su nombre Damiana solo),
a fin de venir siguiendo
a mi amo, disfrazada,
desde Madrid, con intento,
según dice, de ajustar
con él sus bodas. Todo esto
debajo deste bufete,
estando en mi juicio entero,
lo he escuchado de su boca,
vive Dios; y si no es cierto
todo lo que he referido,

desde luego me condeno
a que el Rubio de la Plaza,
con el gatillo tremendo,
por testigo falso y por
orate, por embustero
y enredador, de la boca
me desempiedre los huesos.

DON FERNANDO:
¡No me engañé, vive Dios!

DOÑA MANUELA:
¿Esto es verdad?

DOÑA PAULA:
¿Esto es cierto?

DOCTOR:
¡Luego me lo presumí!

DON FÉLIX:
¡Hay tan extraño suceso!

DON FERNANDO:
Mujer...

DOÑA MANUELA:
Ilusión...

DOÑA PAULA:
Enigma...

DOCTOR:
Encanto...

DON FÉLIX:
Prodigio...

DOÑA ELENA:
(Ap.) ¡Cielos!
Ya es preciso declararme.

DOCTOR:
¡Hay tan extraños enredos!

TODOS:

Dinos quién eres.

DOÑA PAULA:

Si acaso
Eres don Lope, yo intento
casarte con quien te adora.

DON FERNANDO:

Si eres Damiana, ¿a qué efecto
dices que eres doña Elena?

DON FÉLIX:

Si eres doña Elena, luego
te cumpliré la palabra
que a ti te di, presumiendo
que eras don Lope, su primo.

DOÑA ELENA:

Pues como me cumplas eso,
sabe que soy doña Elena
de Guevara; y el pretexto
de haber hecho estos engaños,
fue, don Félix...

DON FÉLIX:

Ya no quiero
saber más de que eres tú
el bello adorado dueño
que idolatro. Ésta es mi mano.

DOCTOR:

Aquí, Fernando, no hay duelo;
pues yo sé que aquesta dama
viene a don Félix siguiendo,
por deberla obligaciones.
Y supuesto que el intento
de casarle con tu hermana
no pasó de mi deseo,
darnos por desentendidos
será el más prudente acuerdo.-
Mil años, señor don Félix,
gocéis tan feliz empleo,
de que os doy el parabién.

DOÑA MANUELA:

(Aparte.)

Paciencia, amor.

DON FÉLIX:

Yo agradezco

los favores que me hacéis.-

Y aquí, Senado discreto,

Todo es enredos amor

da fin; perdonad sus yerros.